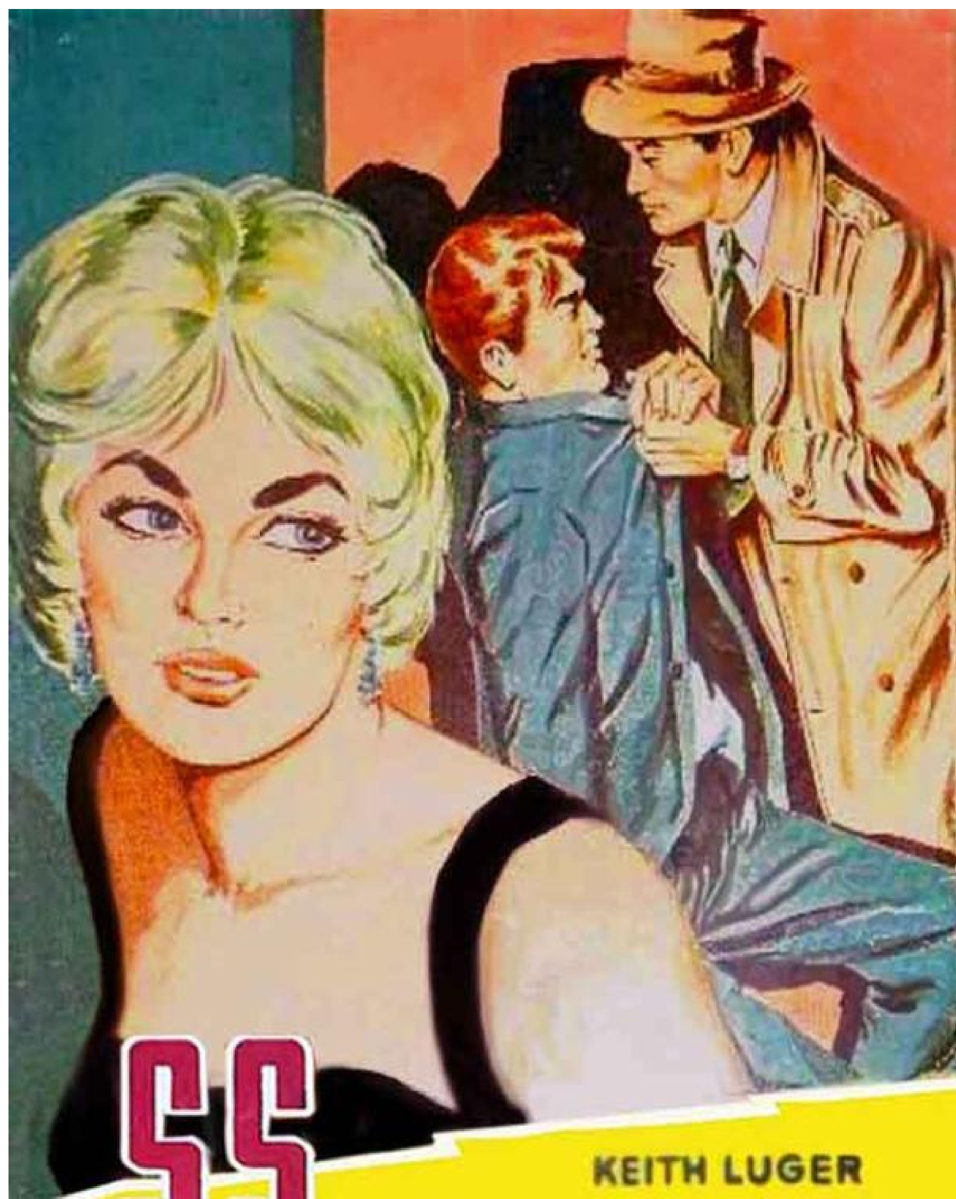


SS
SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

CAMINO DE LA FOSA

—¿Qué clase de periodista es usted, Hayes? —dijo Sheridan, levantándose sobre la mesa, con el rostro enrojecido.

No era una pregunta. Sheridan sabía qué clase de periodista era yo. Le había dado suficientes pruebas, aun cuando sólo llevase seis meses en el periódico que él dirigía.

Me miró con los ojos llenos de ira y golpeó en la mesa con el puño.

—Casi nos ha arruinado, ¿lo oye? Hace apenas unos minutos el señor Corcovan nos ha retirado todos sus anuncios. ¿Y sabe a qué equivale?



Keith Luger

Camino de la fosa

Bolsilibros - Servicio Secreto - 472

ePub r1.0
LDS 16.03.19

Título original: *Camino de la fosa*
Keith Luger, 1959
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

CAMINO DE LA FOSA

1ª. EDICCIÓN
ENERO - 1959

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Qué clase de periodista es usted, Hayes? —dijo Sheridan, levantándose sobre la mesa, con el rostro enrojecido.

No era una pregunta. Sheridan sabía qué clase de periodista era yo. Le había dado suficientes pruebas, aun cuando sólo llevase seis meses en el periódico que él dirigía.

Me miró con los ojos llenos de ira y golpeó en la mesa con el puño.

—Casi nos ha arruinado, ¿lo oye? Hace apenas unos minutos el señor Corcovan nos ha retirado todos sus anuncios. ¿Y sabe a qué equivale?

—No lo sé, señor Sheridan —contesté—. No pertenezco al personal administrativo de la casa.

—¡No, usted no pertenece al personal administrativo, ni desde ahora va a pertenecer a ninguna otra sección!

Me estaba despidiendo, eso era lo que él quería decir.

—Usted no puede hacer eso, señor Sheridan —le dije.

—Se lo advertí bien, Hayes. No tiene ninguna excusa. Le advertí que se estaba metiendo demasiado en el caso Stagge, pero usted no me hizo ningún caso.

—No lo comprendo, Sheridan. Stagge era un pez gordo, un tipo a quien ni la propia policía había logrado hincar el diente, y es a mí a quien se debe el que ahora Stagge vaya a pagar su culpa.

—Usted debió atenerse a las órdenes, Hayes, y yo se las di bastante precisas. ¡Le dije que dejase a Stagge en paz!

—No podía hacerlo.

—No quiso, es la verdadera respuesta. Su orgullo no se lo permitió. Usted sólo deseaba convertirse en un héroe.

—Está equivocado, señor Sheridan. No fue eso lo que me guió a

echar el guante a Stagge. Había oído hablar muchas cosas de él, era un tipo de las alturas. Había muchas personas que con sólo oír el nombre de Stagge se echaban a temblar. A Stagge se le reconocía como dueño de unos cuantos garitos, como a uno de los grandes capitalistas del tráfico de drogas.

—Fue informado a tiempo que el tratar de meterse con él significaría jugarse la vida.

—A mí no me detuvo nada de eso.

—Usted fue muy valiente, Hayes, pero a nosotros no nos sirve cierta clase de valentías. Todo lo contrario. Nos perjudican, como acabo de demostrarle.

—Pensé que usted prefería una crónica sensacional a estar mediatizado por una banda de *gangsters.*

Sheridan se puso más rojo aún.

—¡Salga de aquí inmediatamente, Hayes, y no vuelva…! No se le ocurra poner otra vez los pies en esta casa… Olvídese de que existimos.

Le hubiese querido decir muchas cosas, pero no adelantaría nada con ello. También le habría roto las narices, porque no me faltaban ganas, pero podía ser mi padre y no me gusta abusar de mi corpulencia. De todas formas aquello era el final.

Opté por marcharme en silencio.

Cuando crucé por la sala de Redacción, algunas cabezas se levantaron para mirarme.

Sabía que yo era impopular entre mis propios compañeros. Ninguno de ellos me quería. Yo era un atrevido, un tipo que, apenas llegado, me había colocado por encima y eso era un pecado que no me perdonaban.

Descubrí unas cuantas sonrisas y algunos se miraron entre sí. Sabían lo que había ocurrido, me habían tirado por la borda o quizá la imagen que ellos tenían en sus emponzoñadas mentes era la de que me habían pegado una patada en las posaderas.

Me detuve ante mi mesa y en pocos minutos retiré todo lo que me pertenecía, muy poco, y la dejé lista para el que me hubiera de suceder.

Entonces sonó el teléfono y alcancé el auricular.

—Al habla Hayes.

—Oiga, Hayes —era la voz de Sheridan—. Me olvidé decirle que

pase por la Caja, donde le pagarán lo que se le debe.

Colgó antes de que yo pudiese pronunciar otra palabra.

Sentí deseos de arrancar el hilo de un tirón, pero nuevamente me contuve.

Pasé por caja.

El cajero debía haber recibido instrucciones, porque me tenía preparados ciento sesenta y cuatro dólares con cincuenta centavos.

Firmé y guardé el dinero.

Caminaba por el corredor, hacia la salida, cuando de pronto oí una voz a mis espaldas:

—Eh, Hayes. Espera.

Giré sobre mis talones.

El teniente Bentley, de la Brigada de Homicidios, avanzó rápidamente hacia mí.

—Creí que ya no te pillaría aquí —dijo cuando se detuvo—. Aunque me he dado mucha prisa.

—Eso quiere decir que tú sabías que me iban a despedir.

—No lo ignoraba.

—Al parecer, el único estúpido soy yo.

—No lo tomes así, muchacho. Hay otras cosas más importantes.

Adopté una expresión grave.

—¿Qué pasa, Bentley? —pregunté.

Algunos hombres y mujeres pasaban cerca de nosotros en tránsito por el corredor.

—¿No podemos hablar en alguna parte?

Miré hacia una puerta de la izquierda. Era el lavabo de caballeros.

—Si no te molesta pasar a mi despacho —dije.

Hizo una mueca repudiando mi amarga ironía. Pero luego hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Entramos en el lavabo y él apoyó las espaldas en la puerta para impedir la entrada a alguien que llegase de fuera. Luego se pegó un papirotazo sobre el sombrero tirándoselo sobre la nuca y dio un suspiro.

—Malas noticias, Hayes.

—Ya nada puede ser peor.

—Esto te va a disgustar más, Hayes. La chica ha muerto.

Sentí un estremecimiento.

—¿Lina Queen? —dijo una voz extraña y me asombré de que fuese la mía propia.

—Sí, Hayes.

—¿Cómo ha sido?

—Un par de policías la llevaban a la oficina del fiscal. Iban en un coche. Al llegar al chaflán de la Séptima se les cruzaron dos coches negros. Escupieron por las ventanillas unos cuantos centenares de balas. Según los testigos, fue algo así como una batalla de Dunquerque en pequeño. Todo ha sucedido en pocos segundos. La chica murió instantáneamente. Hay un policía herido muy grave y otro que quizá se salve con un poco de suerte.

Durante un rato nos estuvimos mirando sin decir nada.

Saqué el paquete de cigarrillos y le ofrecí, pero él rechazó la invitación.

Yo encendí muy lentamente. El humo me supo a paja.

—Lo siento, Hayes —dijo.

Me eché a reír.

—Resulta curioso, ¿eh, Bentley? Lucho por encontrar un testigo que haga caer de su pedestal a Luke Stagge. Después de un centenar de peligros, logro dar con la persona adecuada, con esa muchacha, Lina Queen, antigua amante de Luke. Ella está dispuesta a soltar todo lo que sabe. No resulta fácil entregarla a la policía y he de quitar de en medio a unos cuantos gorilas, valiéndome de mis propios recursos. Y cuando todo está hecho, me llaman para recibir el premio. Mi director me despide porque, según él, yo he desobedecido órdenes y, con mi conducta, no he hecho más que arruinar al periódico. Pero lo doy todo por bueno, ¿qué importa que yo esté sin empleo? Existe una buena compensación: Luke Stagge caerá al fin y se pasará el resto de su vida en la cárcel… —Hice una pausa y reí con más fuerza observando mi propia imagen que reflejaba el espejo—. Mira el estúpido de Hayes, Bentley.

—¡Ya basta, Jim!

—Míralo, veintisiete años de edad, uno ochenta y tres de talla, ochenta y cinco kilos de peso… ¡El perfecto estúpido!

—Otra vez tendrás más suerte.

Lo miré a la cara.

Bentley y yo nos conocimos durante el servicio militar. Ambos lo prestamos en la misma unidad, destinada en el Japón. Trabamos

una buena amistad. El tenía título universitario, pero yo no. Su padre había desempeñado un importante cargo en la policía de Nueva York y además el chico valía. Todo ello le había valido para que en un período de seis años hubiese llegado a teniente.

Yo había querido ser periodista. Trabajé en un periódico de una comunidad rural, hice algunas cosillas destacables y ello me sirvió para dar el salto a Nueva York, y en mi nuevo empleo había durado seis meses.

—¿Dónde voy a tener más suerte, Bentley? ¿En algún lugarejo de diez mil habitantes?

—Eres un buen periodista, Jim. Estoy seguro de que encontrarás trabajo.

—Sólo te falta añadir que no lo busque en Nueva York.

Se humedeció el labio inferior y luego miróse la punta de los zapatos.

—Nueva York no es indispensable para vivir. Personalmente, envidio a la gente que vive en cualquier otro lugar.

—No se trata de eso, Bentley, sino de que me repugna la forma en que quieren hacerme salir de aquí. Luke Stagge ha ganado otra vez. ¿No es así, teniente?

—Olvídate de eso.

—No, Bentley, no puedo olvidarlo. Y escucha esto también. Me voy a quedar aquí.

—No te permitiré que hagas esa tontería.

—¿Tú y quién más, teniente?

—Escúchame, Hayes. Cuando tú viniste aquí, yo llevaba muchos años en la ciudad. Mi padre prestó servicio en el cuerpo durante un sinfín de tiempo, tengo experiencia y puedo informarte algo acerca de lo que te puede ocurrir si te quedas.

—Ya lo sé. Basta con el botón de muestra de Lina Queen. Cualquier día uno de esos coches negros vomitará plomo por sus ventanillas y entonces la víctima no será una mujer, sino James Hayes, ex periodista.

Bentley era un policía honrado y aquella conversación le resultaba enojosa. Carraspeó y dijo:

—Cualquier día Stagge pegará un resbalón. Los del FBI y nosotros lo estamos esperando y le tenemos establecido un buen cerco. Te prometo que una mañana, en el lugar en que te halles,

cuando abras el periódico, te encontrarás con la noticia, Luke Stagge habrá caído para siempre.

Me apreté las sienes con la mano mientras sacudía la cabeza de un lado a otro.

—No, Bentley —dije con voz ronca—. No voy a esperar a eso.

—¿Qué quieres decir?

Dejé que me viese la cara. Mi respiración se había hecho agitada como si hubiese realizado una larga carrera.

—No podría soportarlo, Bentley… ¡No podré esperar a que ese momento llegue!

—Tendrás que hacerlo.

—Aunque sea lo último que haga en este mundo, voy a ser yo quien me lleve por delante a Luke Stagge.

—¿Qué estás diciendo?

—Tengo nudos en las tripas, Bentley, y no se me desatarán hasta que no se lo haya hecho pagar a Luke Stagge. Esa mujer, Linda Queen, confió en mí, ¿entiendes, Bentley? Tú no la has visto como la vi yo, temblorosa, cuando le propuse que confesase a la policía todo lo que sabía. Dijo que la matarían y yo le garanticé que eso no sucedería, que contaría con suficiente protección. Logré disuadirla porque, según sus propias palabras, yo había ganado su confianza. ¿Lo vas entendiendo, Bentley? ¿Qué tal te resulta? ¡Había ganado su confianza! Y justamente ahora ella está descansando sobre una losa de mármol con el cuerpo lleno de balas. ¡He sido yo quien la ha matado, Bentley!

—¡Has perdido el juicio!

—No, Bentley. Mi mente está muy sana. Es como si yo mismo hubiese apretado el gatillo.

—No pudiste hacer nada por ella.

—Yo era un representante de la sociedad que debía velar por su vida. Yo la convencí en nombre de esa sociedad, y la sociedad la ha traicionado… ¡Yo la he traicionado, Bentley!

En aquel instante alguien empujó desde fuera.

Bentley se apartó cediendo el paso.

Entró un tipo rechoncho que se quedó asombrado mirándonos y finalmente se dirigió al urinario.

Bentley y yo guardamos silencio.

El tipo salió poco después mirándonos de nuevo de una extraña

forma.

Bentley se dejó caer otra vez sobre la puerta e hizo chasquear la lengua.

—Tengo un amigo en Chicago, Hayes. Estoy seguro de que podrá echarte una mano. No te prometo un puesto en la misma ciudad, pero te podrá colocar en cualquier pueblo de los alrededores.

—No, Bentley.

—En cuanto transcurran unas cuantas semanas, habrás logrado olvidar todo lo ocurrido aquí.

—Si quieres hacer algo realmente por mí, proporcióname una licencia para llevar armas.

—¡No!

—Entonces no hay más que hablar. Me las arreglaré por mí mismo.

—¡Tú no sabes siquiera con quién vas a luchar! Tenemos una organización montada, miles de personas trabajando para nosotros y hasta ahora no hemos podido echar el guante a Luke Stagge. Admito que te las arreglaste bien para lograr la colaboración de Lina Queen, pero eso sólo puede ocurrir una vez. No lo intentes más, Hayes, porque morirías.

—Correré el riesgo.

Bentley apretó los puños clavándose las uñas en las palmas de las manos.

—Yo te acompañaré a tu apartamento y luego a la estación.

—Gracias por tu amabilidad, pero no la necesito porque no voy a emprender ningún viaje.

Sobrevino otra pausa.

—Estás decidido, ¿eh, Jim? —dijo el teniente.

—Absolutamente.

Se masajeó la barbilla con aire preocupado.

—Suponía que adoptarías esta actitud y que no valdrían de nada mis palabras. Lo supe en cuanto me enteré de que Lina Queen había muerto. Tú eres un tipo testarudo que no sabe adónde le pueden conducir sus actos… ¡Un irresponsable!

—Quizá sea eso lo que la policía necesita para cazar a Luke Stagge. La ayuda de un irresponsable.

—No, Jim. Luke Stagge preside una organización criminal de

mucha envergadura. Es más grande de lo que te crees.

—Le voy a meter mano de todas formas.

—Nunca llegarás a él. Te repito que lo de Lina fue una excepción, muchacho. Debes recordar que la encontraste porque alguien te dio un soplo. Debes tener en cuenta que ella no utilizaba su verdadero nombre, que se había teñido el cabello y que todo lo había hecho por propia voluntad, para apartarse del mundo de Luke Stagge, para que nadie la pudiese identificar —hizo una pausa—. No hay más Linas Queen, Jim. Te lo puedo decir yo que he escarbado bien en la vida de Stagge. Nosotros la intentamos localizar por todos los medios, pero siempre fallamos porque nunca tuvimos la suerte de encontrar al soplón que conocía su paradero. Te dije antes que valías mucho, Jim, pero en lo de Lina Queen lo debes casi todo a la suerte.

—Quizá me acompañe también ahora que voy a reemprender el asunto.

—No sabes cuánto lo siento, Jim. Ese camino sólo te llevará a la fosa.

—Será mejor que empiece cuanto antes.

Sobrevino otra larga pausa. El teniente golpeó el puño contra la palma de la otra mano.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió.

Dudé unos minutos y luego respondí:

—Iré a ver a Luke Stagge.

Se quedó sorprendido.

—No te comprendo, ¿o quizá no he oído bien?

—Has oído perfectamente. He luchado ya un *round* contra Luke Stagge y todavía no he visto su cara.

—Has visto un centenar de fotografías de él.

—Eso no me basta. Quiero oír su voz, ver su cara, observar cada uno de sus poros.

—No conseguirás que te reciba. Luke Stagge es un emperador, al que hay que pedir audiencia.

—Se la pediré.

Bentley se cogió la cabeza con las manos.

—¡En la vida he encontrado a un tipo tan loco como tú!

—Te tengo a ti para cubrirme las espaldas —dije palmeando el brazo de Bentley.

—¡No pienses en ello!

Le aparté de la puerta y le recordé:

—Espero esa pistola.

—¡No!

—No querrás que asesinen a tu amigo sin que al menos pueda defenderse. Ya conoces mi apartamento. Prefiero una «Smith & Wesson», calibre treinta y cinco. Es muy manejable.

—Estás perdiendo el tiempo.

—Y no se te olvide también la sobaquera. Hasta luego, Bentley, y gracias por todo.

—Si crees que yo voy a convertirme en…

No oí el resto porque cerré la puerta desde el corredor, dejándole dentro.

Salí a la calle y le hice una señal a un taxi. Luego di la dirección de la residencia de Luke Stagge, en Long Island.

El combate iba a empezar.

CAPÍTULO II

Dije al conductor que me esperase y salté a la acera acercándome a la puerta de hierro tras la que empezaban los dominios de Luke Stagge. Más bien diría, donde tenía establecido su cuartel general, porque los dominios de aquel reptil no estaban delimitados por la verja de hierro. Se extendían por todo Nueva York, saltaban la frontera del Estado y de otros muchos y es posible que sus tentáculos llegasen hasta Macao, en Asia, o Aden, en África, o Río de Janeiro, en Sudamérica. Sí, el poder de Luke Stagge llegaba a todas partes y yo, un don nadie, trataba de enfrentarme con él.

Me reí de mí mismo.

La puerta estaba cerrada y allí, a la derecha, había un tablero con un botón. Lo pulsé para ver lo que ocurría.

A través de los barrotes vi un jardín enorme, de bien cuidado césped, con muchos macizos de flores.

De alguna parte me llegaron unas risas, hacia la izquierda, risas agradables, emitidas por gargantas femeninas. Luego por un camino de la derecha apareció un tipo de cara fea que se cubría con una chaqueta de cuero. Esgrimía un cuchillo con la mano derecha y en la izquierda exhibía un palo. Yo había interrumpido su trabajo de artesanía.

Se detuvo al otro lado mirándome.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—He venido a hablar con el señor Stagge.

—¿Estaba citado?

—No.

—Entonces eche a volar.

Fue a dar media vuelta y en eso le dije:

—Escucha, matasiete.

Me miró otra vez y sus ojos adquirieron un nuevo brillo.

—Será mejor que se marche —dijo—. O me enfadaré. No le va a gustar si eso ocurre.

—Le vas a decir a tu patrón que está aquí James Hayes.

—¿Quién ha dicho?

—Sí, el tipo que logró dar con Lina Queen.

Sus cejas se enarcaron, observándome asombrado.

—¿Usted?

—Sí, yo.

Empezó a sonreír.

—¿Y viene aquí? —dijo.

—Sí, Matasiete.

Dibujó otra mueca y levantó unas pulgadas el cuchillo. Permaneció así mucho rato, mirándome, la reja entre medio, y luego hizo un extraño giro con la hoja de acero.

Se marchó por un sendero que había a la izquierda y desapareció a mi vista porque quedó cubierto por el verde.

Saqué un cigarrillo y lo encendí.

Como cosa de cinco minutos más tarde regresó y otra vez la sonrisa distendía sus labios.

Volvió a desaparecer y medio minuto después la puerta empezó a abrirse porque el Matasiete había puesto en movimiento el mecanismo que daba acceso a la casa dorada de Luke Stagge.

Pasé por el hueco y, apenas di unos pasos, vi que detrás del primer árbol, en el camino, había dos hombres esperándome. Eran dos grandullones con cara agria. Se cubrían con traje de buen paño y ambos tenían las mismas arrugas, justo debajo de la axila derecha.

Dejé que me observasen a su gusto. Uno de ellos, el más grueso, habló por la comisura de la boca.

—Anda, chico, ven con nosotros.

Eché a andar, pero el otro se quedó quieto y vino detrás de mí. Pasamos junto a una piscina donde se bañaban tres mujeres y dos hombres. Las mujeres parecían *girls* de una revista acuática. Las tres eran hermosas, de cuerpo sugestivo. Había una pelirroja, una rubia y una morena.

Los tipos eran gordos, de gran barriga, y estaban por la cincuentena.

Todos interrumpieron sus risas cuando yo pasé y me miraron,

ellos fulminándome y ellas con curiosidad.

Ascendimos a una terraza y justo en ella se encontraba Luke Stagge sirviéndose una ración de *whisky*.

Estaba por los cuarenta años de edad y se conservaba muy bien. Era alto, casi tanto como yo, de cabello del color del tabaco y piel bronceada. Sus rasgos faciales eran firmes y los ojos azules. Se cubría con una camisa floreada de manga corta, pantalón azul y zapatos deportivos.

Cuando me detuve a dos pasos de él me miró mientras bebía un trago.

Los dos tipejos que hicieron de introductores habían quedado a mis espaldas.

Luke Stagge apartó el vaso de los labios y dijo:

—Con que es usted.

—Sí, soy yo.

Era un buen diálogo para comenzar cualquier cosa, especialmente una entrevista como aquélla.

Rió y dijo:

—Y viene a por un salvoconducto —puso el vaso en una mesita provista de ruedas y siguió riendo—: A todos les pasa lo mismo.

—¿A quiénes? —pregunté.

—A los que pretenden jugármela. Cuando se arrepienten vienen a suplicar por su vida, a decirme que no lo volverán a hacer.

—¿Y qué les dice?

Me miró fríamente.

—Lo mismo que a usted. Que fueron ellos quienes se lo buscaron, que les puede servir para la otra vida.

Lo dijo con una sonrisa sádica, brillándole los ojos, como un déspota que se dirigiese a un vasallo.

Sentí un hormigueo en los pies y yo sé a qué se debía eso, y luego la sangre se me puso caliente, casi hirviendo, y corrió por mis venas y regó todo mi cuerpo.

De buena gana hubiese saltado sobre Stagge para atraparlo por el cuello. Mis manos son muy fuertes, manos grandes, y sé que me hubiese bastado un zarpazo para partirle el cuello y con eso hubiese hecho un favor a la humanidad.

Me estaba conteniendo mucho aquel día e hice otro esfuerzo.

Sentí a mi espalda la risita de los dos energúmenos. Entonces

dije:

—No he venido a pedirle por mi vida, Luke.

Su cara se tornó seria y los dos orangutanes dejaron también de reír.

—¿No? —dijo Stagge.

—No, compadre. Lo mío es otra cosa.

Las venillas de sus sienes empezaron a hincharse.

Dejé correr unos segundos. Los tenía inquietos y yo lo sabía. Era un placer ponerlos nerviosos porque no sabían lo que yo iba a decir.

—Sólo vine a avisarle, Stagge. Usted ha matado a Lina Queen. Le bastó una orden para que sus muchachos la cumplimentasen. La asesinó fría y despiadadamente y yo me considero culpable. Desde que fui informado sentí unos grandes deseos de quedar en paz con mi conciencia y para mí solo hay una forma de lograrlo, Stagge. Consiste en rajarle a usted la barriga.

El rostro de Stagge había empezado a palidecer hacía rato, conforme yo hablaba. Sus ojos me miraban muy fijos, pero miraban de una forma extraña porque se estaba preguntando si yo estaría loco.

Los dos matones se pusieron en movimiento y yo ni siquiera me volví mientras decía:

—Quietos ahí, hermanos.

Puse mucha decisión en mi voz y se detuvieron, pero ellos miraban a Stagge esperando que éste les hiciese una señal para ponerse otra vez en marcha.

Stagge recobró otra vez el habla.

—¿Y se ha atrevido a entrar aquí para amenazarme, Hayes? —Mostró sus blancos dientes en una sonrisa de hiena.

—Quería ver su sucia cara para grabarla en mi mente a fuego, quería oírlo hablar, quería verlo sonreír, Stagge, porque algún día, más pronto que tarde, lo veré a usted otra vez, y entonces no habrá ninguna sonrisa en sus labios. Quiero hacerle sentir todo el terror que usted ha inculcado a centenares de hombres, de mujeres. Entonces pagará todo el mal que ha hecho a lo largo de su repugnante vida.

—¡Es usted quien lo va a pagar, y va a ser ahora, Hayes! —chilló.

Fue a levantar su brazo y él creía que con eso iniciaba mi

ejecución, pero yo entonces dije:

—No puede hacer nada.

Stagge entrecerró los ojos.

—¿Ha olvidado que está en mi casa y que se ha metido usted mismo en la ratonera? ¡No saldrá vivo de aquí, Hayes!

—Se equivoca. Saldré de aquí por mi propio pie —le sonreí porque ahora me tocaba a mí el turno de sonreír—. Ande, ordene a sus muchachos que me liquiden, y usted recibirá un premio, la silla eléctrica.

—¿De qué habla?

—¿Cree que me iba a llegar aquí a verlo sin tomar precauciones? Fuera dejé un taxi y dentro hay un policía, el teniente Bentley. También me traje a un representante de la oficina del fiscal del distrito y me hicieron una fotografía justamente cuando entraba por la verja, y tomaron nota de la hora. Ellos siguen esperando ahí fuera… Puede matarme, hacerme pedazos, pero usted siempre será culpable de mi desaparición.

Guardé silencio y vi cómo la ira, la cólera y el odio, se enseñoreaban de su cara. Sus ojos parecían ascuas encendidas y las bolsas que había debajo se pusieron a temblar.

Bajó el brazo. Vaciló unos instantes y, por fin, picó.

Yo estaba sudando porque, por unos instantes, había temido que él se riese de mis palabras, pero la treta había surtido efecto. Se me había ocurrido algo muy original, demasiado para su cerebro, y le había parecido lógico, como quizá se lo hubiese parecido a toda persona que hubiese estado en su lugar.

Respiró entrecortadamente. Ya había perdido todo su aplomo.

—Muy bien, Hayes —sonrió otra vez—. Parece un tipo que sabe usar la cabeza.

—Esto sólo es el comienzo. Le daré más pruebas en el futuro.

—¿Por qué hemos de discutir, Hayes? Si usted es tan inteligente como parece, creo que estará mejor dentro de mi organización. Justamente necesitaba un secretario y creo que usted cumple los requisitos. ¿O prefiere ser mi agente de Relaciones Públicas? Le pagaré mil al mes para empezar.

Sentí un gran placer al oír aquella propuesta. El combate apenas había empezado y con un solo golpe había conseguido hacer tambalear a mi contrincante.

—No, Stagge. No soy de esa clase.

—Es lo que le conviene a usted, Hayes.

—Yo soy quien elige y ya lo he hecho antes de venir. Nada en el mundo me hará desistir, Stagge. Cuando me enteré de lo de Lina Queen, me prometí a mí mismo que lo aplastaría a usted como a una lagartija.

Otra vez empezó a ponerse lívido. Sus palabras se deslizaron por entre los dientes emitiendo silbidos.

—No siempre va a llevar consigo un teniente o un representante del fiscal, Hayes.

—No, desde luego —convine.

—Entonces habrá llegado su última hora, Hayes. Es usted quien va a ser destripado y tengo docenas de hombres que pueden hacerlo.

—Antes de que eso ocurra yo le pondré la soga al cuello, Stagge. Recuérdelo para cuando estemos de nuevo frente a frente.

Di media vuelta. Los dos matones parecían tallados en granito. Estaban inmóviles junto a la escalera por donde yo debía descender. Me interrumpían el paso.

—¡Fuera! —dije.

No se movieron.

Le solté un trallazo al más grueso. Sonó como una explosión y el tipo rodó como una pelota hacia abajo. El otro se llevó la mano a la sobaquera y, en esto, Stagge dijo:

—¡Quieto, Danny!

Danny se quedó inmóvil, los dientes muy apretados, los ojos inyectados en sangre muy fijos en los míos.

Empecé a descender. El tipo gordo daba vueltas en el suelo tocándose la espalda. Esperé que le hubiese roto algún hueso.

La gente que había en la piscina había interrumpido su conversación al oír el puñetazo y todos me miraban con asombro.

La pelirroja estaba muy cerca del camino, justo al borde. Se cubría con un bañador verdoso de una sola pieza, que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Después de aquella escena en que me había jugado el tipo, era un recreo la vista de ella. Me hacía el efecto de una recompensa. Sus grandes ojos rasgados se posaron en los míos y juro que casi inició una sonrisa.

Yo pasé de largo y fui hacia la verja.

El matasiete seguía sacando punta al palo con su cuchillo.

—Abre —dije.

Interrumpió su faena y me miró otra vez.

—Tendré que preguntarlo —repuso.

Entonces vi que se marchaba a una pequeña cabina que no se veía desde fuera porque la cubría la tapia.

Al abrir la puerta vi que dentro había un teléfono y, a la izquierda, descubrí el tablero que servía para poner en marcha la verja.

Habló durante unos segundos y, finalmente, regresó y se me quedó mirando con el ceño muy fruncido.

—Le rompiste la columna vertebral a Phil —dijo.

—Tuvo mucha suerte.

—Es lo que no comprendo, que te dejen marchar.

—Tú eres un cabezota, Matasiete. Sólo estás aquí para obedecer y te dijeron que abrieses.

Me miró más perplejo aún. No; no lo entendía, pero volvió a la cabina y puso en marcha el juego.

La verja comenzó a abrirse y yo salí por el hueco. Me alejé unos pasos y me detuve cerrando los ojos.

Infiernos, ahora supe cuán irrazonable había sido. Yo mismo entré en casa del verdugo y había puesto mi cabeza sobre el tronco para que me la separase de un hachazo, pero, en última instancia, había ocurrido el milagro y yo estaba fuera, en la calle, llenando mis pulmones de aire.

Me metí en el taxi y di al conductor la dirección de mi apartamento.

CAPÍTULO III

Cuando salí de la jaula del ascensor vi junto a mi puerta al teniente Bentley. Estaba recostado en la pared y a sus pies había no menos de cinco colillas de cigarrillo.

Se enderezó rápidamente y se me quedó mirando. Luego, dijo:

—Bien, chico, celebro que no hayas podido verlo —dijo.

Pasé por su lado y abrí la puerta. Cuando estuvimos en el *living* tiramos los sombreros sobre una silla y yo me fui a mi pequeño bar. Preparé dos *whiskys*.

El, mientras tanto, dijo:

—Ya te advertí que no lo lograrías. Stagge vive en una verdadera fortaleza. Te sería más fácil entrar en Fort Knox.

Bebimos un trago y dije:

—Entré, Bentley.

—¿Cómo? —murmuró, y quedó mirándome como si yo fuese un fantasma.

—Ahora sé quién es. Lo vi con mis propios ojos. Estuve hablando con él y le dije también lo que haría con él, rajarle la barriga.

Abrió mucho la boca y los ojos.

—No acabo de creerlo.

Se lo conté con detalle y a mitad de mi informe dejóse caer en un sillón.

Cuando hube terminado, bebió de un trago el contenido de su vaso y se puso a sacudir la cabeza.

—Buena la has hecho, Jim. Es como si tú mismo te hubieses colgado a esa lámpara. Es él quien te va a liquidar a ti. ¿Cómo no lo comprendiste?

Lo dejé protestando y me marché a mi dormitorio. Bajo llave, en

un cajón de la mesilla de noche, guardaba las noticias que había conseguido reunir acerca de Luke Stagge. Me lo llevé todo al *living* y lo puse sobre la mesa.

Bentley continuaba hablando solo. Se interrumpió para observarme.

—¿Qué es lo que vas a hacer, Jim? —me preguntó.

Me despojé de la chaqueta y la dejé junto al sombrero. Señalé mis recortes.

—Voy a aprenderme todo eso de memoria. Los he leído media docena de veces, pero invertiré las próximas dos horas en hacerlo otra vez. Luke Stagge debe tener un punto vulnerable y mi trabajo consiste en descubrirlo.

Bentley hizo una mueca.

—Tiempo perdido.

—Es posible, pero no tengo otra forma de luchar contra él.

—Muy bien —dijo, y se levantó—. No voy a hacer de niñera.

—¿Quién te lo pidió?

Sacó algo del interior del bolsillo de su chaqueta. Estaba envuelto en un paño negro. Yo sabía lo que era.

—Gracias, compañero —dije.

—No debiera dejártela —refunfuñó—. Tú eres un tipo peligroso, Jim.

—Te prometo que no me liaré a tiros con el primer transeúnte que vea por la calle —le sonreí.

—Tengo mis dudas. Tú estás sentenciado a muerte, Hayes, y, a partir de ahora, en cualquier momento, te podrás encontrar con un par de carniceros listos para despacharte.

—Lo sé.

—No llegarás muy lejos —dijo, con voz grave—. Y palabra que lo siento por ti.

Dejó la pistola «Smith y Wesson» con su envoltorio negro en el asiento que había ocupado y luego se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde estarás? —le pregunté, antes de que saliese.

—En el departamento, esperando que alguien comunique haber encontrado el cadáver de un hombre de unos veintisiete años de edad, grandullón, cabello y ojos negros, mentón hendido…

Estaba haciendo mi descripción.

—Lárgate —lo interrumpí—. Y no seas aguafiestas.

Sacudió la cabeza y desapareció.

Yo me levanté, fui a la puerta y eché la llave. Luego, regresé y me sumergí en mis recortes.

La historia de Luke Stagge era como la de otros muchos delincuentes que, al correr de los años, se habían convertido en gente importante. Hombres que vivían al margen de la ley, que habían logrado construir pequeños estados dentro del Estado porque contaban con fuerzas propias. Ellos no disponían todavía de la bomba atómica, pero, posiblemente, se debía a que no la necesitaban. Eran como pulpos enormes, monstruos, cuyos tentáculos llegaban a todas partes.

Luke Stagge inició su carrera en los muelles de Nueva York. A los diecisiete años, capitaneaba una pandilla de rateros. Estuvo un par de años en un reformatorio. A los veintiuno era ya alguien cuyo nombre sonaba mucho. Seguía en los muelles, pero había dejado de ser un vulgar ladrón. Llenaba su bolsa desde una mesa. Era como el amo de uno de los sindicatos. Probablemente esa experiencia le sirvió para darse cuenta de que la ley era algo que él podía vulnerar cuando quisiese. Bastaba para ello una buena organización que cubriese todo riesgo.

Empezó a ocuparse de garitos, de tráfico de drogas, de trata de blancas. No había delito de envergadura en la costa Este en el que no tuviese intervención. Naturalmente, nada se le podía probar. Eso formaba parte de su sistema y desde entonces no dejó de subir. Pero entonces encontró en su camino a un fuerte rival: Gooffrey Halliday, un tipo que llevaba muchos años sentado en su trono. En un principio, Halliday dejó hacer a Stagge hasta que éste trató de arrebatarle la corona. Entonces empezó una lucha sin cuartel entre ellos. Las muertes se sucedieron. Tan pronto una banda cobraba ventaja como era la otra la que parecía que lograría la victoria final. Para ciertos elementos políticos, aquella batalla contó con su plena aprobación. Pensaban que los dos *gangsters* terminarían por destruirse y que, cuando la lucha hubiese finalizado, sería fácil acabar con los restos. Quizá hubiese sido una buena táctica, pero, de pronto, la guerra terminó tan rápidamente como había empezado. Halliday y Stagge se dieron cuenta de que la lucha sólo podía terminar con la destrucción de ambos y se dieron el abrazo. A partir de entonces, en la costa Este nació una razón social, Halliday

y Stagge, y de esta forma el pulpo creció de tamaño y le nacieron más tentáculos.

Sus dominios se extendieron como una mancha de aceite por todo el país… Chicago, Denver, Salt Lake City, Nueva Orleáns, Tampa, Springfield… Estaban llegando a todas partes. Sólo tenían una barrera *al* Oeste y ésta existía porque Halliday, años antes, había establecido un pacto con el sindicato que explotaba el vicio en California, Nuevo México, Washington, Oregón y Texas, aunque bien se sabía que la razón social también terminaría por apoderarse de aquellos reductos. E inopinadamente, un buen día, Halliday murió en un accidente de automóvil. Viajaba con un guardaespaldas y su coche se derrumbó por un precipicio cuando se dirigía a su cabaña de caza en los Addirondaks. Los dos resultaron muertos en el acto y el cuerpo de Halliday apenas quedó reconocible, pero la esposa de Halliday, Ethel Morgan, Luke Stagge y media docena de hombres, lo identificaron.

Observé una vez más las fotografías del cadáver de Halliday pero no pude sacar nada en claro porque siempre aparecía cubierto por una sábana, entre una nube de pies. Eso había ocurrido cinco años antes. A partir de aquel instante, Luke Stagge fue el único dueño de la monstruosa organización.

Había muchas cosas más referentes a los supuestos negocios de Stagge, pero no saqué nada de valor.

Hacía más de una hora y media que se había ido Bentley, cuando leí el último recorte. Eso era todo. Di un suspiro retrepándome en el sillón. Estaba como al principio. Bentley tenía razón. Lo de Lina Queen había sido un golpe de suerte. Un tipo, un mendigo, me dio el soplo en un bar de la calle Cuarenta y siete. Aseguró conocer a una mujer que había sido amante de Stagge siete u ocho años atrás. Me condujo a ella a cambio de unos billetes y después de mucho trabajo, Lina consintió en declarar unas cuantas cosas que hubiesen enviado a Stagge por una buena temporada a la cárcel, no menos de veinte años.

Pero ahora, Lina ya no existía y no podía esperar que otro enemigo me diese un segundo soplo.

Cerré los ojos cansado, diciéndome que mi tarea era muy difícil por no decir imposible. Stagge tenía tras de sí al Departamento Policíaco del Estado y al Federal y ellos, con sus fuerzas, no habían

podido conseguir nada. Yo sólo era un presuntuoso, un maldito fanfarrón.

Cerré los ojos y me quedé dormido.

Desperté al cabo de un rato y los vi allí frente a mí. Me estaban observando. Eran dos tipos, uno de regular estatura, delgado, de piel enfermiza, y el otro, grande, de anchos hombros y mirada fría. Me di cuenta de que sólo hacía un segundo que estaban allí porque me había despertado el pequeño chasquido que hizo la puerta al cerrarse. Naturalmente, habían utilizado una llave falsa.

El enfermizo sonrió levantando la pistola, que era casi tan grande como él.

—Gracias por dar facilidades, hermano.

—No hay de qué —repuse.

—Vas a hacer un viaje con nosotros.

—No me gustan los viajes.

—Éste lo tendrás que hacer, aunque no te guste.

El grandullón echó a andar y cogió mi chaqueta. La tanteó y miró a su compañero.

—No tiene armas.

—Claro —dijo el otro—. Habrá creído que todo era una broma.

El grandullón me tiró la chaqueta y cayó a mi lado, justo encima de la pistola «Smith y Wesson», envuelta en el paño negro que me había dejado Bentley.

—Anda, regístralo —dijo el bajo.

El gordo me amenazó con su arma.

—Ponte en pie, Hayes.

Me puse en pie y él vino hacia mí y me tanteó desde los tobillos hasta los hombros.

—Nada —dijo—. Ni un cuchillo.

—Está bien —repuso el otro—. Larguémonos ya. Tengo una partida de dados para esta noche y no quisiera llegar tarde.

El grandullón me hizo una señal con la cabeza.

—Andando, Hayes.

Me agaché sobre el sillón y alcancé la chaqueta y la pistola que aquélla cubría. Lo puse todo bajo el brazo hecho un fardo.

—Anda, ponte la chaqueta —dijo el bajito—. Te vas a resfriar.

No podía hacerlo o se arruinaría mi última posibilidad.

—Yo estoy caliente —dije.

El grandullón rió.
—Es un buen chiste —comentó.
—Póntela —ordenó el delgado.
Entonces, su compañero dijo:
—No conviene que lo haga. Nos ha visto entrar el encargado. Así creerá que somos tres amigos que vamos de juerga.
El menudo vaciló unos instantes pero, por fin afirmó con la cabeza.
Eché a andar y salí seguido por los dos.
Bajamos en el ascensor y salimos a la calle sin encontrarnos con nadie porque el encargado estaba dentro de su habitación.
Eran las siete de la tarde y ya había oscurecido.
Un poco más allá había un coche negro. El bajito se puso al volante y yo entré en el asiento trasero y el grandullón se sentó conmigo.
No tuve tiempo para sacar la pistola porque ésta se hallaba dentro de una funda y yo tenía que quitar el paño negro de encima que la cubría. Demasiado para aquellos águilas. Empecé a dudar si me darían tiempo a hacerlo durante el viaje. Muy pronto me di cuenta de que nos dirigíamos a la zona del río.
Me puse la chaqueta sobre las rodillas y metí la mano izquierda debajo en busca de la pistola. Debía realizar todos mis movimientos de manera que el de al lado no notase nada. Le bastaría con echar mano a la chaqueta para descubrir el arma.
Se me ocurrió pegar la hebra para distraerlos.
—Quiero hablar con Stagge —dije.
El gordo rió.
—¿Lo has oído, Duke?
Duke, el bajito, meneó la cabeza.
—Sí, lo he oído. Quiere hablar con Stagge.
—He de hacerle una proposición —argumenté—. Y estoy seguro de que le va a gustar.
El que estaba a mi lado me miró con ojos acuosos.
—Ocurre algo importante, muchacho. El señor Stagge no quiere hablar contigo.
—¿Por qué no dejan que sea él quien opine?
—Ya opinó y es justamente por lo que estamos aquí contigo.
Mi mano retiró el paño negro y mis dedos tocaron la funda.

—No se pierde nada conque os detengáis en cualquier sitio —sugerí—. Bastará que yo haga una llamada.

—Pierdes el tiempo —repuso Duke.

—Después de todo, no puedo escapar —dije—. Me tenéis bien cogido.

—Sí, eso es cierto —asintió el grandullón—. Te tenemos atrapado pero no vamos a perder tiempo contigo. Ya te lo dijo Duke. Ha de jugar una partida de dados esta noche.

Mis dedos entraron en contacto con la fría culata. Tiré unas pulgadas de ella y la pistola se fue acoplando a mi mano.

De pronto sentí un temor. ¿Y si Bentley no la había cargado? Al fondo del paquete había notado un par de cargadores, No podía hacer la comprobación por mí mismo, tendría que armar mucho ruido y mi vida iba a consistir en eso, en que al hacer presión el gatillo, por el cañón escapasen los proyectiles. Si la «Smith y Wesson» estaba vacía, yo no lo podría contar jamás.

El grandullón conservaba su arma en la mano apuntándome a un costado y Duke no hacía más que mirarme por el espejo retrovisor.

De pronto los ojos del grandullón se posaron en la chaqueta y yo sentí en mi espalda un frío de muerte.

—¿Qué haces ahí, Hayes?

—¿Yo…? Nada.

—Pon la mano arriba.

El cañón presionó en mi costado.

Yo podía sacar el arma pero, en cuanto él la viese brillar en mi mano, apretaría el gatillo un par de veces.

Dejé la pistola y puse la zurda encima de la chaqueta con la palma hacia arriba.

El verdugo se mostró conforme y retiró unas pulgadas la pistola.

Duke había disminuido la velocidad por si ocurría algo, pero ahora aceleró otra vez.

—¿Qué vas a hacer tú, Barton? —preguntó.

Barton se echó a reír.

—Estoy citado con una nena.

—¿Qué tal es?

—Enorme, de lo mejor.

—Siempre dices lo mismo.

—Ya conoces mis gustos, Duke. No me conformo con cualquier cosa.

—Es lo que yo creía hasta que te vi con aquel pingajo.

Barton se puso serio.

—Ya te dije que la fulana no era nada mío.

—Estabais muy amartelados en aquel banco.

—Era la esposa de un amigo. Me estaba pidiendo dinero. A él lo enviaron a la ratonera.

—Te lo pedía de una forma muy persuasiva —rió Duke.

—A ti lo que te pasa es que tienes envidia —dijo Barton—. Sabes que no tienes nada que hacer con las mujeres, a ellas no les gustan las piltrafas.

Las manos de Duke se agarrotaron en el volante.

Era un enano feo y enfermizo y no le gustaba que le recordasen sus taras.

—¡Maldita seas, Barton! ¡No te metas conmigo!

—¿Quién se mete contigo? Fuiste tú el que empezaste.

—Un día de éstos me voy a cansar de ti, Barton.

—Anda, calla y piensa en lo que vas a ganar esta noche con tus dados cargados.

Mi mano ya estaba otra vez debajo de la chaqueta y había tomado de nuevo posesión de la pistola. Era el momento.

—Eh, Hayes —dijo de pronto Barton, porque no vio mi mano izquierda.

Ya no pude retroceder. Habría resultado demasiado sospechoso y él hubiese terminado por tirar de la chaqueta.

Saqué la pistola y me eché hacia adelante al tiempo que la apuntaba. El no se estuvo quieto. Vi cómo su arma giraba hacia mí, en mi busca, pero yo apreté el gatillo antes. Fue una décima de segundo pero pasé un infierno. Esperé oír el sonido indicándome que la «Smith y Wesson» estaba descargada, pero en su lugar se produjo un estampido.

El proyectil entró por el vientre del *gángster* desgarrando sus tripas, pero aun así, su pistola se disparó. Yo me había movido muy aprisa y el proyectil no encontró mi carne.

—¿Qué pasa ahí, Barton? —empezó a decir Duke, y se interrumpió de pronto.

Lo vi enderezarse unas pulgadas sobre el volante y luego llevó la

mano izquierda a la espalda. Entonces descubrí el agujero que había aparecido en su espinazo. El proyectil le había dado justo donde Barton le había alcanzado después de traspasar el asiento.

Se inclinó hacia adelante lanzando un gemido y el coche empezó a bambolearse sin dirección.

Barton resbaló hacia el fondo del coche y expiró.

Me levanté rápidamente y empujé a Duke, el cual se deslizó también golpeando su cara contra el tablero de instrumentos y viniéndose abajo.

El coche corría por una avenida solitaria bordeada de árboles y corría el peligro de estrellarse.

Salté y me hice con el volante justo cuando el carro se precipitaba sobre un grueso tronco. Giré el volante con toda la rapidez que me fue posible y el coche se apartó sobre dos ruedas.

Volví a estar en el camino y después de unos segundos logré frenar.

Todo quedó envuelto en silencio.

Di un suspiro y apoyé la nuca en el respaldo.

Dejé transcurrir unos cuantos minutos. Luego saqué un pañuelo y borré las huellas que hubiese podida dejar en el coche.

Miré por última vez a los compinches. No; Barton no acudiría a su cita con su nena ni Duke volvería a engañar a nadie con sus dados cargados. Tampoco volverían a dar el paseo a nadie. Ya habían terminado con todo y estaban bien muertos.

Me puse la chaqueta y salté del coche.

Como cosa de veinte minutos más tarde, encontré un taxi libre y le pedí al conductor que me devolviese a la ciudad.

Sobre las ocho me introduje en la cabina de un bar. Marqué el número de la policía y pedí que me pusiesen con el teniente Bentley. Me dijeron que no estaba. Sonreí para mis adentros. Yo sabía qué clase de trabajo tenía.

Bebí un par de tragos y fumé unos cuantos cigarrillos. Luego volví a llamar a Bentley. Oí su voz:

—Oye, Jim, ¿dónde te has metido? Estuve llamando a tu apartamento muchas veces.

—Tuve que hacer un negocio, hermano.

—¿Qué clase de negocio?

—Cosas…

—Quisiera ver tu «Smith y Wesson». Apuesto a que le faltan dos balas.

—Una, sólo una.

—No sé cómo lo has logrado, pero supongo que ahora te retirarás de la circulación.

—Te equivocas, viejo. Ellos me han demostrado que también pueden equivocarse.

—Te digo que estás loco, Jim. Loco de remate.

—Oye, chico, puedes ayudarme.

—Mi respuesta es no.

—Geofrey Halliday es el tipo que me interesa.

—¿Un muerto?

—Sí, teniente. Un muerto. Según me informaron, tuvo una esposa que se llamaba Ethel. ¿Qué fue de ella?

—Stagge le pasa una pensión de muchos miles al mes. Es como la esposa de esos reyes exiliados que vienen de Europa.

—¿Dónde la puedo encontrar?

—No seas estúpido y déjala. Ella no es como Lina Queen. Además, Ethel podría contar muchas cosas acerca de Halliday, pero estoy seguro de que no te puede facilitar nada contra Stagge.

—Da igual. Eso es cuestión mía. Quiero hablar con ella.

—Escucha, cabezota. Antes que tú, el departamento y los chicos del FBI se interesaron por Ethel Morgan. No logramos nada. Y por si te sirve de algo, no es una mujer, sino una barra de hielo.

—¿Hablaste con ella alguna vez?

—Sí, y no me gustaría hacerlo otra. Respiré cuando me aparté de ella.

—La dirección, Bentley. Sabes que si no la consigo de ti la puedo lograr en menos de veinte minutos.

Titubeó unos instantes.

—Espera, Jim.

Se tomó un minuto y luego volví a oír su voz.

—State Islam, Graham Beach, Avenida Seaview, 32.

—Gracias, Bentley.

—¡Eh, Jim…! ¡Espera!

Pero no esperé.

Capítulo IV

Dije al conductor del taxi que esperase y salté fuera para hacer un reconocimiento.

El número 32 de la Avenida Seaview parecía un ascua de luz. Vi cómo se colaban por el portón suntuosos coches.

Me detuve y escuché los compases de una orquesta. La viuda de Gooffrey Halliday debía celebrar una gran fiesta.

Quizá fuese mi día. Junto a la puerta de hierro había un hombre de aspecto imponente embutido en un uniforme color verdoso y con gorra de plato. Sobre su pecho brillaba el oro.

Fui a pasar de largo hacia dentro.

—¡Eh, usted! —me gritó.

—¿Qué le pasa, almirante?

—Su invitación.

—Debiera conocer mejor a las personas —dije yendo hacia él.

Saqué mi cartera y le enseñé mi credencial de periodista. Mi director se había olvidado de pedírmela y yo no tenía por qué entregársela.

El cancerbero le echó un vistazo. Miró la foto y mi cara.

—¿Lo ha llamado la señora Morgan?

—¿Quién si no?

—Está bien, pase.

Pasé y vi mucha gente. Había docenas de mujeres que lucían generosos escotes aun cuando cubrían algo de piel con sus joyas.

Los caballeros no iban todos de *smoking* y eso me gustó. Yo podía mezclarme entre ellos sin resultar sospechoso, aunque pensé que todo se me arruinaría, si Stagge se dejaba caer por allí.

En una mesa había un par de criados que servían champaña. Aposté a que era auténtico, del caro.

Me acerqué a uno de los fulanos y apresuróse a ofrecerme una copa. Lo probé. Era magnífico, del mejor.

A un lado había una orquesta y siguiendo su ritmo se movían muchas parejas sobre la pista.

Los jardines habían sido discretamente iluminados para que los tórtolos se pudiesen hacer el amor.

Apuré otra copa porque la ocasión lo merecía mientras buscaba con la mirada a Stagge o alguno de sus guardaespaldas, pero no vi a ninguno de ellos.

Bien; tenía que dar con la señora Morgan. Eso no me costaría mucho…

De pronto una voz me saludó a mis espaldas.

—Hola.

Me volví despacio. Era ella. No se cubría con un bañador sino con un vestido de noche, aunque también hacía patente su hermosura. El vestido era negro y su piel cremosa. Y su rostro era el más bonito que yo había visto en mucho tiempo. Sus labios rojos tenían la forma de un corazón y sus grandes ojos negros me miraban muy fijo. Su cabellera, una llamarada de fuego, le resbalaba por los hombros desnudos. Si alguna vez la tentación pudo ser reflejada de alguna forma, ella era la imagen más perfecta.

—Hola —le repliqué.

—¿Viene también a quebrar a alguien?

—Eso depende —dije—. Stagge no está aquí, ¿verdad?

—No lo sé. Quizá llegue a última hora. ¿Me da una copa?

La pedí al criado y se la pasé. Bebió a pequeños sorbos, sin dejar de mirarme.

—¿Vas a dar el soplo? —La tuteé.

—¿Qué es lo que ofreces tú? —retrucó.

—Si es dinero equivocaste el tiro.

—No es dinero.

—Entonces puede que nos entendamos.

—Quizá.

—¿Qué lugar ocupas aquí?

—Soy la secretaria de Richard Kilb.

—¿No es Kilb uno de los lugartenientes de Stagge?

—Sí. Lo conociste cuando fuiste esta tarde a casa de Stagge.

—¿Uno de los barrigudos?

—Sí.

—¿Y él? ¿Tampoco participa en la reunión?

—Ha sido por culpa tuya.

—¿Sí?

—Kilb vino conmigo, pero recibió una llamada y tuvo que marcharse precipitadamente. Antes de marcharse conseguí que me dijese el porqué. Tú eras la causa.

—No lo hubiese hecho de haber sabido que iba a estropear una fiesta tan importante.

Sonrió.

—Siempre he preferido a los hombres con sentido del humor.

—Y a mí que me prefieran las pelirrojas como tú.

Me envió una carga eléctrica con los ojos.

—¿Bailamos? —sugerí.

Fuimos a la pista y la enlacé. Era como tener entre los brazos a una combinación de Marilyn Monroe, Jayne Mansfield y la Sofía Loren. Todo en una sola pieza. No podía haber otra como ella.

Mientras bailábamos, ella preguntó sin mirarme:

—¿Qué has venido a hacer aquí, Jim?

No sabía si podía confiarme a ella. Era la secretaria de uno de los peces gordos más cercanos a Luke Stagge y naturalmente, Richard Kilb debería contar con su fidelidad, pero pensé que ella podía descubrir mi presencia en cuanto quisiese. Me tenía en sus manos.

—He venido a entrevistar a Ethel.

—Eres un atrevido.

—Quizá no tenga donde elegir.

—¿Por qué te has mezclado en esto?

—Una mujer confió en mí y yo la defraudé.

—¿Lina Queen?

—Sí.

—No fue culpa tuya, Jim.

—Me lo estaría diciendo a mí mismo cien años y no me convencería.

—Comprendo.

Me separé de ella unas pulgadas y la miré a la cara.

—¿Qué clase de chica eres tú?

Enarcó las cejas e hizo un mohín encantador.

—Una corriente.

—No, pequeña, no te incluiré en esa especie.

—¿En cuál?

—Eres una muñeca de un millón de dólares y por eso estás con ellos.

Ladeó la cabeza y sentí unos grandes deseos de besar su boca.

—Gracias —dijo.

—Elegiste mal, muchacha. Todo lo que ellos tocan lo pudren.

—A mí todavía no me han tocado.

—Quizá, pero no tardarán mucho.

Hubo una pausa y luego ella sugirió:

—¿Por qué no te marchas ahora que ellos no saben aún que estás aquí?

—Vine por algo y no me iré de vacío.

—¿Conoces a Ethel Morgan?

—No.

—Debí figurármelo, de otra forma te hubieses ahorrado la visita.

—Es el segundo aviso que me dan.

—Entonces debiste atender el primero.

—Yo soy testarudo, nena.

—Tengo pruebas de ello —se mojó el labio inferior con la lengua—. ¿Te marcharás si te facilito la entrevista?

—Claro que sí.

—Está bien, ven conmigo.

Me tomó del brazo y dimos la vuelta a la terraza. Allí había otra pista y otra orquesta.

Los músicos interpretaban un cha-cha-cha y la gente aplaudía a una pareja que, danzaba muy bien.

Los dedos de mi madrina me apretaron la carne y yo me detuve.

—Es aquélla —dijo—. La del vestido verde que lo observa todo sin pestañear.

Miré en la dirección que me indicaba y la descubrí en seguida.

Me llevé una gran sorpresa al ver que era mucho más joven de lo que yo había supuesto, teniendo en cuenta que se trataba de la viuda de Halliday, un hombre de cincuenta años. Ella podía estar por los treinta y era hermosa como una escultura griega. Se cubría con un vestido verde que la entallaba como una vaina, Sus curvas estaban justamente donde las debía tener. Era un fruto maduro en

sazón, y su cabello, esplendorosamente rubio, se apartaba de su rostro para mostrar éste limpio, ovalado, de una perfección clásica. Sus ojos verdosos parecían mirar sin ver y se mantenía en pie, majestuosamente, junto a un hombre que reía aplaudiendo.

—¿Impresionado? —Oí que me preguntaba la secretaria de Richard Kilb.

La miré a los ojos.

—Uno está acostumbrado a todo.

—Ella sí es distinta a las demás.

—Tú también, nena, y eso me recuerda que aún no sé tu nombre.

—Mary Keeler.

Mary, así se llamaba. Sencillo, corto y bonito.

—¿Dónde te podría ver después? —le pregunté.

—En ningún sitio.

—¿Por qué? Quiero darte las gracias.

—No es necesario. Si nos ven juntos, podrías crearme complicaciones.

Le sonreí.

—No es eso, nena. Tú quieres que me vaya para que no me pesquen.

—Es posible.

—Pero hay otros sitios donde tú y yo podemos hablar de nuestras cosas. Anda, dame tu dirección.

—Es peligroso —negó con la cabeza—. Te conformarás con el número de mi teléfono —a continuación me lo dio y yo lo grabé en mi memoria.

Luego bajó la mano y apretó la mía. Seguidamente dio media vuelta y se alejó, dejándome entre el grupo de invitados que aplaudían a la pareja de bailarines.

Eché a andar por detrás del grupo y me detuve cerca de Ethel.

Encendí un cigarrillo y miré su perfil.

Al cabo de un rato ella se dio cuenta de que era observada, quizá poseída de un sexto sentido. Volvió la cabeza y clavó sus ojos verdes en los míos. Fue una mirada como la que puede dirigir una gran dama al que recoge los cubos de la basura.

Yo no le hice ninguna inclinación de cabeza, ni le sonreí, sólo me quedé allí, quieto, resistiendo el fluido magnético que emanaba

de sus ojos, impasibles, con el cigarrillo entre los labios y, mientras nos mirábamos, los invitados aplaudían a la pareja de payasos.

Fue ella quien se dio por vencida y volvió otra vez la cabeza al frente y yo continué mirándola.

La orquesta terminó la pieza y los bailarines recibieron muchas felicitaciones y acudieron a recibir, también, las de la anfitriona.

Ethel sonrió, pero lo hizo sin ganas, luego se llevó una mano a la frente.

—Tengo un ligero dolor de cabeza —se disculpó.

El hombre que estaba a su lado quiso acompañarla dentro de la casa, pero Ethel dijo que sería cuestión de unos minutos y que en seguida regresaría al jardín. Dio media vuelta y entró en la casa.

Dejé que cobrase una buena delantera y fui tras ella andando lentamente.

Vi a través de los cristales que se introducía en una habitación a la derecha del gran *hall*.

Esperé como cosa de un minuto y luego crucé el *hall* y entré en la habitación donde ella había desaparecido. La estancia solo estaba iluminada por unas luces indirectas que brotaban de la pared. Ethel estaba tendida en un almohadón. No se había apercibido todavía de mi llegada.

Avancé hacia ella y me detuve.

—Hola —dije.

No se sobresaltó. Quizá era cierto lo que todos habían dicho de que ella no tenía sangre en las venas.

Me miró observadoramente y en sus ojos vi unos destellos de ira.

—¡Salga de aquí! Quiero estar sola.

Lo que hice fue aproximarme un sillón y sentarme. Luego me puse a mirarla atentamente. Era muy hermosa la señora viuda de Halliday. Mi examen la acabó de enfurecer.

—¿Con quién vino? —preguntó sin moverse.

—Con nadie.

—¿Cómo?

—Vine solo.

—¿Invitado por quién?

—Por mí mismo.

Movió las piernas y dejó descansar los zapatos de tacones altos en la alfombra.

—¿Quién es usted?

—Jim Hayes.

Por unos instantes desapareció de su cara aquel aire regio con que rodeaba el más imperceptible de sus movimientos. Era una mujer después de todo, no una diosa. Pero en seguida se rehízo.

—He oído hablar de usted, señor Hayes.

—Lo supongo.

—Pero no sé qué le ha podido traer a mi casa. Váyase ahora mismo.

—Primero hemos de hablar.

—Usted y yo no tenemos ningún tema de conversación.

—Es lo que usted cree. Se convencerá en seguida de que podemos hablar acerca de muchas cosas.

—No se ponga pesado. Esta alfombra costó mucho dinero y sentiría que se manchara de sangre.

—Habla como ellos, señora Halliday.

—No me llame señora Halliday, soy Ethel Morgan.

—A propósito de eso, ¿no se le ocurrió pensar nunca que Luke Stagge pudo matar a su marido?

—Me niego a contestar.

—No soy policía, Ethel, y puede registrarme si quiere, tampoco he traído conmigo ningún magnetófono. Lo que usted y yo podemos hablar se lo llevará el viento.

—Ya oyó que me dolía la cabeza. Vuelva en otra ocasión.

—Quizá no haya otra ocasión para mí. Ésta puede ser mi única oportunidad.

ˆ—Tenía razón quien me advirtió, señor Hayes. Usted no está en su sano juicio. Bastaría que diese un aviso para que usted no saliese vivo de esta casa.

—Pero no lo da.

—Aún está aquí. No esté tan seguro.

—Prosigamos, Ethel. Le preguntaba acerca de la muerte de su marido. ¿No la encuentra sospechosa? Gooffrey compartía con Luke Stagge un imperio. A cualquiera de ellos podía interesar la desaparición del otro, para quedar como único dueño y señor. Así las cosas, Gooffrey fue quien desapareció.

—Fue un accidente.

—Es lo que se dijo oficialmente y lo que usted misma ayudó a

confirmar, pero debía tener sus dudas. ¿G quizá fue seguridad, Ethel?

—Supongamos que dudase.

—Supongamos.

—Luke prometió ser generoso conmigo. Desde luego no iba a recibir la parte que correspondía a Gooffrey, pero sí lo suficiente para vivir dignamente.

No pude por menos que sonreír.

—¿Llama usted a esto vivir dignamente? Esta fiesta le cuesta a usted unos cuantos miles de dólares, mucho más de lo que yo podría ganar durante dos años trabajando honradamente. No, Ethel, usted recibe dinero hasta para tirarlo por la ventana.

—¿Y qué?

—Se me ha ocurrido que quizá Luke Stagge lo que le está pagando no es una pensión, sino un silencio.

—Usted posee una gran imaginación, señor Hayes. ¿Ha olvidado que, si fuese así, Luke Stagge podía haber terminado conmigo para ahorrarse el gasto?

—Eso lo ha podido evitar usted. Ahora que la conozco sé que posee una inteligencia nada común.

—Gracias.

—Ellos la consideran como una hermosa estatua sin alma, sin darse cuenta de que esa aparente frialdad no es más que una máscara —hice una pausa—. Usted pudo organizarlo bien, de forma que Luke Stagge no pudiese matarla sin acarrear su propia destrucción.

—¿Y qué más ha pasado, señor Hayes?

—Quizá confió usted el secreto a otra persona, cuya identidad no conozca Luke. Es posible que haya hecho entrega de ese informe a un abogado o a alguien que, en el momento que usted muera con apariencias de violencia, se apresurará a establecer contacto con las autoridades.

Ella rió por primera vez. Vi sus dientes firmes, blancos, como menudas perlas, y la punta de su rosada lengua. Era maravillosa su risa, aunque se riese de mí.

—Lo encuentro a usted muy divertido, señor Hayes.

—Celebro haber contribuido a que se le vaya la jaqueca.

—Sí, es cierto —dijo ella—. Me encuentro mucho mejor. Ahora

sólo falta que me diga que yo debo entregarle algo a cambio. No estaría mal, ¿verdad?

—Sí, sería lo más justo. Me conformaría con que me hiciese partícipe de su secreto.

—Pide demasiado.

—¿Qué sería no teniendo yo pruebas? Nada, absolutamente nada. Sólo quiero llegar a la certidumbre de que emprendí un buen camino.

—¿Y si le dijese que está equivocado, que Luke no mató a Gooffrey, que todo fue un accidente casual?

—No la creería.

Ella se puso en pie. Ya había dejado de sonreír.

—Entonces sólo le puedo dar una cosa. Levántese, señor Hayes.

Me puse en pie. La audiencia ya había terminado. Era inútil prolongarla.

Ella avanzó sobre mí. Era una maravillosa criatura. No le sobraba ni le faltaba nada. Sentí la suave tibieza que emanaba de su cuerpo, aun antes de detenerse cerca de mí. Olía un perfume raro, algo que debía destilarse en el paraíso.

Apoyó una mano en mi hombro y se puso de puntillas. Yo me quedé quieto y vi cómo su boca se acercaba a la mía y luego me besó. Sólo eso, me besó. Cuando se apartó de mí, dijo:

—No espere más, señor Hayes.

Pero ya era demasiado tarde.

Se abrió la puerta de pronto y vi que entraban dos tipos. Se quedaron allí quietos.

Observé la cara de Ethel. No, ella no había presionado ningún botón para llamarlos. Las aletas de su nariz palpitaron y vi que su cuerpo era sacudido por una súbita ola de temor. Recordé lo que me dijo Bentley de que era una mujer de hielo y hubiese reído de buena gana, pero la situación era demasiado seria para mí. A ninguno de los individuos los había visto antes. Era lo bueno que tenía Stagge, que contaba con una buena plantilla de personal. Si dos eran muertos, podía substituirlos por otros dos, y si éstos caían, siempre había un centenar de donde elegir la pareja de tumo.

Ellos me dirigieron una mirada feroz. A mí me divirtió mucho.

—A sus pies, señora —dije, y me puse a andar hacia la puerta.

Los dos tipos no se movieron, bloqueándome la salida. Uno de

ellos masculló por la boca:

—Te quedas aquí, Hayes.

Me detuve y repuse:

—He de volver a casa para tomar el biberón de las once.

Hicieron gestos negativos con las cabezas como si fuesen movidos por un mismo resorte. Luego los dos, también a un tiempo, se llevaron la mano al interior de la chaqueta.

No podía dejar que hiciesen conmigo lo que estaban dispuestos a hacer. Alargué mis manos, y atrapé un pedazo de carne del estómago del que estaba a la derecha y se lo retorcí con todas mis fuerzas. Sentí cómo el tipo era víctima de espasmódicos calambres. El otro era más bajo, y lo atrapé por el cuello. Soy muy fuerte, demasiado según los que me conocen. Mis dedos son largos, huesudos, y también son capaces de partir en dos el cuello de un hombre, como por ejemplo el cuello del pajarraco que ahora tenía aferrado.

Bastó una ligera inclinación hacia abajo y el tipo se arrugó al tiempo que crujían sus vértebras. Eran dos profesionales, pero ninguno de ellos había tenido tiempo siquiera de rozar la culata de la pistola.

El de los calambres cayó al suelo de rodillas, con los ojos desorbitados. El otro resbaló por la puerta y sentóse en el suelo, sobre sus posaderas. Tenía el rostro cárdeno y hacía extraños visajes, con la boca muy abierta, como si le faltase aire para respirar.

Abrí la puerta porque ya no había nadie que me lo pudiese impedir y giré la cabeza.

La viuda de Halliday me estaba mirando con ojos perplejos. Le dije:

—Si cambia de opinión, póngase en contacto conmigo, señora. Encontrará mi número en la guía.

Cerré la puerta y crucé el *hall*, volviendo al jardín. Ya nada tenía que hacer allí. No había sido un éxito mi entrevista, pero, al menos, había entablado contacto con la supuesta mujer de hielo. Le había hecho una oferta y ésta continuaba en pie. No existía razón alguna para que ella fuese a ayudarme, pero, tal como estaban las cosas, no podía hacer nada más.

Dejé atrás la pista donde se divertía la gente y seguí por un

camino que me conducía a la salida del jardín.

De pronto la pelirroja apareció por detrás de un macizo y se me plantó delante.

—¿Cómo te fue, Jim? —preguntó.

—No puedo quejarme, Mary.

—No podrás lograr nada, Jim.

—Quiero al menos intentarlo.

—Me gustaría ayudarte.

—Ya lo has hecho, y ahora es mejor que me vaya.

—Sí, Jim. Es lo mejor.

Pero lo que hizo fue dar un paso hacia mí. ¿Les dije que era mi día? Sí, hermano, también me besó. Pero esta vez no me estuve quieto. Uno también es de carne y hueso y ella era un *buding*. La apreté contra mí y luego nos separamos.

—Suerte, Jim —me deseó.

Me marché de allí y poco después me introducía en el taxi.

No quise volver a mi apartamento. Los difuntos Barton y Duke me habían demostrado que para ellos no servían las cerraduras. No quería más visitas de aquéllas y, cuando Stagge fuera informado de lo que había hecho con sus otros dos tipos en presencia de Ethel, ordenaría la guerra contra mí.

Terminé por dar al conductor la dirección de un hotel de tercera categoría.

CAPÍTULO V

Desperté. Consulté mi reloj de pulsera. Eran las siete de la mañana.

Hice mi higiene en un descascarillado lavabo y después de vestirme abandoné el hotel.

Entré en un bar a desayunar y cuando hube terminado encendí un cigarrillo y me metí en la cabina.

Marqué el número de la oficina de Bentley. Dije al operador que necesitaba hablar con el teniente y poco después oí la voz de éste.

—¿Quién llama?

—Jim.

—Muchacho, buena me la has jugado.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Stagge lanzó sobre ti a medio centenar de matones. Los agentes los vieron visitar por parejas garitos y clubs nocturnos. Todos decían lo mismo. Preguntaban por Jim Hayes y daban tu descripción.

—No sabía que fuese un tipo tan importante.

—Vete al diablo. ¿Sólo se te ocurre eso? Tuve que hacerme con seis compañeros que no estaban de servicio para tratar de alcanzarte antes que ellos. ¿Lo vas entendiendo? Hombres que debían estar con sus esposas, que se prestaron a echarme una mano, y todo por culpa de un cabezota como tú que se ha empeñado en algo imposible.

—Los contribuyentes se alegrarán al saber que cuentan con un departamento policíaco muy eficiente.

—Se acabó el juego, Jim.

—¿Y eso?

—Tengo orden de detenerte.

—¿Por estacionar a contramano? Es difícil. Mi coche lo están

arreglando desde hace una semana.

—Déjate de bromas. Se recibió una denuncia. Violación de domicilio con agresión. Hay dos tipos moribundos.

—Qué pena.

—Rompiste el cuello a un criado y a otro lo tuvieron que operar en seguida. Le descubrieron tres úlceras en el estómago. Tú provocaste la crisis agarrándole del pellejo.

—Escucha, Bentley. Esos tipos no son dos criados, sino un par de *gangsters* de baja estofa. ¿Para qué queréis los archivos?

—Ya estuvimos mirando. Son fulanos con buen prontuario, pero se regeneraron.

Lancé una carcajada.

—Sí, Bentley, y sólo falta que me digas que fue Stagge quien los convenció con un bonito sermón.

—Oye, Jim. Puedo arreglarlo para que todo se quede en nada, pero tendrás que abandonar.

—¿También tú, Bentley?

—Maldita sea, ¿es que no te das cuenta de lo que estoy haciendo por ti?

—Sí, teniente, lo sé, pero tú sabes que yo no voy a desistir. Ahora estoy a punto de meter la mano en el asado.

—Suposiciones tuyas.

—No, no son suposiciones, Bentley. Ethel Morgan no resultó lo que tú creías. Es posible que ella y yo hagamos algo y también hay una pelirroja que me podrá ayudar.

—Tú tuviste siempre mucho éxito con las mujeres, pero lo malo de todo es que ellas no sirven para resolver un caso como éste.

—Sé que lo he de solucionar yo, pero necesito cooperación de alguien y sólo ellas me la pueden ofrecer.

—¿Por qué no lo dejas todo tranquilo, Jim? Es por *tu* bien.

—Lina Queen murió, teniente, la llenaron de plomo. Creo que ésa es una buena razón. Hasta la vista, teniente.

Colgué y salí fuera.

Eché a andar sin rumbo fijo. ¿Dónde podía ir? Era seguro que me estarían esperando en los alrededores de mi casa. Se habrían dicho que tarde o temprano me dejaría caer por allí y me estarían esperando con sus metralletas preparadas. Yo había sacado de sus madrigueras a las ñeras de la jungla y estaban allí diseminadas por

toda la ciudad, listas para despedazarme.

Al cabo de una hora me detuve, pensando que de aquella forma sólo conseguiría gastar la suela de los zapatos.

Decidí utilizar otra vez el teléfono.

Entré en otro bar y busqué en la guía el número correspondiente al treinta y dos de la Avenida de Seaview, State Island. Marqué en el dial y esperé.

—Casa de la señorita Morgan —dijo una voz masculina—. ¿Quién llama?

—Departamento de Contribuciones, sección Renta. Avise a la señorita Morgan. Es urgente.

—La señorita está durmiendo.

—Pues despiértela, o le va a costar unos cuantos miles. Acabamos de encontrar un descubierto en su declaración.

El tipo debió darse tanta prisa como si le hubieran prendido fuego a los faldones.

Como cosa de un minuto más tarde oí una risa.

—Usted es Jim. ¿Cómo le va?

Les advertí que la chica era inteligente.

—¿Cómo durmió, Ethel?

—Al parecer siempre tiene a mano algún truco.

—¿Pensó en mi oferta?

—Sí, no me interesa.

—Mala suerte.

—Resulta increíble que aún continúe vivo, Jim. Hubiese apostado todo lo que poseo a que usted no veía de nuevo la luz del día.

—Una pitonisa me aseguró setenta y cinco años de vida, seis hijos y una rubia.

—¿Intenta halagarme, Jim?

—Con usted perdería el tiempo, Ethel. Pertenece a esa clase de mujeres a las que hay que ofrecerles algo distinto que a la mayoría.

—¿Como por ejemplo?

—Dinero como lo hizo Luke Stagge, o la otra cosa, amor.

—¿Y por qué no una combinación de ambos al cincuenta por ciento?

—Yo no tengo dinero, Ethel.

—Es una lástima.

—¿Me va a decir algo acerca de su marido?

—¿Qué ganaríamos usted y yo con eso? Gozo ahora de una gran seguridad y usted sólo es un perseguido con el que muy pronto acabarán ellos.

—Soy duro.

—Ya lo sé, Jim, pero a otros más duros que usted vencieron.

—Muy bien, Ethel, ya cuelgo.

—Espere.

—¿Sí, Ethel?

—Vaya a ver a Peter Hoffman.

—¿Quién es Peter Hoffman?

—No le puedo decir más.

—Pero dígame al menos dónde le puedo encontrar.

—Lo ignoro. Es posible incluso que no se encuentre en Nueva York o puede que haya muerto. Sinceramente, no lo sé, Jim, y no debí de haberle dicho nada. Estoy segura de que no le servirá.

Sonaba a réquiem, y era por mí, por Jim Hayes.

Colgó y yo también hice descansar el auricular en la horquilla.

Peter Hoffman, ése era mi hombre. Pero ¿quién era?, y ¿cómo podría encontrarlo? Bien, ¿para qué arredrarse? En Nueva York residirían unas cuantas docenas de Peter Hoffman, y los habría a centenares sumando todos los Estados, y hasta existía la posibilidad de que hubiese cambiado de nombre. Todo resultaba así de sencillo, y luego faltaba lo más importante, que realmente Peter Hoffman supiese algo acerca de Halliday y que yo lograse sacárselo. Todo muy sencillo. Pensé un momento en mandar al infierno a Peter Hoffman, pero no había otra pista a mi alcance.

Llamé otra vez a Bentley.

—¿Qué quieres ahora? —me dijo con voz desabrida.

—La gallina puso el huevo.

—Tú siempre con tus condenados acertijos. Háblame en cristiano.

—Ethel, la viuda de Halliday me ha dado un nombre, Peter Hoffman.

—¿Sí? ¿Y qué?

—Sólo eso. Dijo que me pusiese en contacto con él.

—¿Dónde vive?

—Tampoco lo sé.

—Oye, Jim, ¿qué clase de broma es ésta?

—Ninguna broma. ¿Crees que yo podría gastarla?

—¿Y si ella te ha tomado el pelo? ¿Es que no te das cuenta? Te ha dicho ese nombre como podía haber dicho otro cualquiera.

—No, Bentley.

—Ella se debe a Stagge. Te dije que le pasa unos cuantos miles todos los meses.

—Sí, teniente. Lo sé.

—¿Crees que ella va a acabar con la ubre que la mantiene? Vamos, Jim, despierta. Esa mujer te echó las redes. Te prendaste de ella y ahora está jugando contigo.

—Te digo que no, pero voy a suponer por un momento que tienes razón. ¿Qué trabajo cuesta comprobarlo? A ti te será fácil.

—¿Crees que voy a poner al departamento a tu disposición? ¿Es que no sabes que existen unos jefes por encima de mí?

—Tú te das buen arte, teniente.

Oí su respiración jadeante. Estaba a punto de estallar y me apresuré a decir:

—Te llamaré dentro de un par de horas para ver lo que has logrado.

—¡Vete al mismo infierno!

Colgué antes de que me agujerease el oído con su golpe.

Fui a comer a un automático de la calle Setenta y dos, Oeste. Dos o tres veces por semana me dejaba caer por allí. Sandor, uno de los mozos, vino a mi lado rápidamente. Me miró con los ojos asombrados.

—Te están buscando, Jim —anunció.

—Ya lo sé.

—Estuvieron aquí no hace más de media hora. Eran dos tipos altos y no me gustaron.

—A mí tampoco —dije, aunque yo no los había visto—. No te preocupes. Anda, sírveme dos «perros calientes» y una botella de cerveza.

Lo despaché todo y pedí café.

Sandor me estaba sirviendo la taza de café, cuando observé que su rostro se ponía blanco.

—¿Están ahí, Sandor? —pregunté.

—Sí, acaban de llegar. Están observando a todos desde la puerta.

Metí la cabeza entre los hombros y me arrugué en el taburete.

Sandor se puso a limpiar un vaso nerviosamente. De vez en cuando miraba de soslayo a la puerta.

Yo eché el azúcar en el café y le di vueltas con la cucharilla.

Sandor dijo sin mirarme:

—Se han fijado ya en ti, Jim.

—No me reconocerán.

Pasaron cinco segundos y luego otros cinco. Yo solté una imprecación porque en el espejo no se reflejaban los tipos.

—¿Qué pasa ahora, Sandor?

—Estaban hablando sin dejar de mirarte.

Bebí un trago de café y me supo muy amargo. Le eché azúcar, pero quizá con eso no lo arreglase.

—Ya vienen —dijo Sandor.

—¿Esconden la mano en las chaquetas?

—Sólo uno de ellos.

—¿Cuál?

—Él que está a mi derecha.

El vaso se le resbaló de las manos y cayó haciéndose añicos.

—Eh, usted —dijo una voz a mis espaldas.

Puse la puntera del zapato en el mostrador y me impulsé. El taburete giró suave y rápidamente porque poseía un buen juego de bolas. Volqué mi taza de café sobre la cara del que estaba a mi derecha y luego atrapé al otro por la mano que escondía bajo la chaqueta. Bastó un giro rápido y se la quebré.

Al otro le pegué un patadón en la boca del estómago. Luego los cogí por el cuello e hice entrechocar sus cabezas.

Sonó un restallido y los dejé libres porque ya tenían bastante.

Desplomáronse en el suelo, mostrando cada uno una grieta en la frente y sus caras quedaron bañadas en sangre.

Una mujer dio un chillido y se desmayó. Algunos hombres se quedaron mirando como si sufriesen de alucinaciones.

Dejé sobre el mostrador un billete de a dólar y me dirigí hacia la puerta. Antes de salir volví la cabeza y dije:

—Gracias, Sandor.

Me alejé de allí moviendo las piernas muy rápidamente.

CAPÍTULO VI

Como cosa de una hora más tarde me encontraba caminando por el Bronx.

De pronto alguien me llamó y vi venir hacia mí un tipo mal vestido, de barba crecida. No andaba muy seguro, y cuando se detuvo y abrió la boca, me echo el aliento cargado de *whisky*.

—Miren quién es —exclamó sonriente—, el mismísimo señor Hayes.

—Perdone, no recuerdo su nombre.

Se echó a reír.

—Claro que no, usted no me vio a mí nunca, pero yo a usted sí.

—¿Dónde?

—El día que entró en la redacción para ocupar mi mesa. ¿No le hablaron de su antecesor?

—¿Hauser?

—Sí, soy yo, Bill Hauser.

Había oído hablar en la redacción de Bill Hauser, el tipo cuya vacante yo había ocupado. Le habían echado fuera porque le gustaba beber en exceso y ahora él mismo me demostraba que ellos no estaban equivocados.

—¿Cómo está Bill? —pregunté por preguntar algo.

Soltó una carcajada.

—Me conservo en el estado perfecto. ¿No lo ve, amigo? ¿Cómo le va con Sheridan? ¿Se doblega a sus deseos? ¿Obedece todo cuanto le dice? Estupendo, muchacho. Seguro que es así. Usted llegará —ahora estaba remedando la voz de Sheridan—. Sí, señor, limítese a seguir los pensamientos de los demás. Usted tiene cabeza, pero olvídese de ello. Vivimos en el siglo de la automatización. Sí, señor Hayes, usted no tiene que preguntarse por qué hace las cosas.

Alguien se ocupa de ponerlo en marcha todos los días.

Sacudí la cabeza y dije:

—Sheridan me despidió.

Fue a seguir hablando, pero interrumpióse, quedando con la boca abierta.

—¿Cómo dice, Hayes?

—Me expulsaron como a usted.

Cerró la boca al fin y entre sus dos cejas apareció un fruncimiento.

Empezó a carraspear y no pudo resistir mi mirada y bajó los ojos al suelo.

—Lo siento —dijo—. Usted ha de pensar con todo derecho que soy un estúpido.

—No tiene importancia, Bill.

—¿Por qué lo tiraron? ¿También por una botella?

—No —me masajeé el mentón pensando si valía la pena perder más tiempo hablando con el borracho, pero nada tenía que hacer hasta que Bentley me informase acerca de Hoffman—. Me atreví a enfrentarme con los pájaros de más envergadura.

Entrecerró los ojos como si no hubiese entendido.

—¿Quiénes son, Jim?

—Luke Stagge, Richard Kilb y todos los que están a su lado y detrás de ellos.

—¿Ha hecho usted eso?

—Sí.

—Debe estar loco —se mordisqueó el labio inferior—. Infiernos, ahora lo recuerdo, en un par de lugares donde estuve la pasada noche vi a los matones, preguntando por un tipo —se interrumpió otra vez y me señaló con el dedo índice—. Naturalmente era usted. No acerté a oír el nombre porque estaba muy mareado, pero ahora recuerdo que la víctima era un hombretón. Diablos, ha debido correr mucho para dejarlos atrás. ¿Qué hace aquí, muchacho? Lárguese en el primer tren de mercancías.

—Todavía no he terminado mi trabajo.

—Tiene agallas, ¿eh? No le servirá, Hayes. Ellos son muy poderosos.

—Lo sé.

—Habla como si tuviese alguna probabilidad de vencerlos.

—Quizá la tenga, pero es muy remota.

—Va a venir conmigo. Tengo un cuchitril que quizá le sirva de refugio durante unas horas.

—No quiero comprometerlo, Bill.

—¿Quién habla de eso? Vamos, venga conmigo.

Me tomó del brazo, pero yo aguanté firme.

—¿Tiene teléfono, Bill?

—Sí, claro.

—Muy bien, entonces iré con usted.

Lo que él llamaba cuchitril estaba en el último piso de un edificio que parecía venirse abajo en una calleja infecta. El teléfono colgaba de la pared de un estrecho corredor. En el *living* había sillones destripados. Se veía por todas partes suciedad, botellas vacías, puntas de cigarrillos y un sinfín de cachivaches.

En una habitación pequeña que podía pasar por cocina, tenía un hornillo de petróleo. Las latas se apilaban en un rincón. La atmósfera estaba impregnada de un olor desagradable, rancio, pasado.

No hubiese permanecido allí ni un minuto si me hubiesen dado a elegir, pero aquello era la seguridad, al menos de momento.

—¿Quiere comer algo? —me preguntó cuando estuve sentado en un sillón.

—Me contentaré con un pozo negro de café. Tengo que andar muy despierto.

Sonrió y se fue a prepararlo.

No lo hizo del todo mal.

Encendimos cigarrillos. A él se le había pasado algo la borrachera. Ahora sus ojos habían cobrado un brillo de interés.

—Conque está acorralado, ¿eh, Jim? —dijo—. Y ese maldito de Sheridan lo dejó en la estacada. Yo lo conozco bien. Si a usted al fin lo tienden en la acera con un cosido de plomo, Sheridan se apresurará a decir en los titulares que usted formaba parte de la plantilla. Obra según le conviene. Es un maldito zorro.

De pronto recordé algo. Hauser debía tener unos cincuenta años de edad, era un viejo periodista.

—¿Desde cuándo está en Nueva York, Bill? —le pregunté.

—Llegué en el año veintinueve, cuando Wall Street saltó por los aires. —Se echó atrás en el asiento y clavó la mirada en el techo. Le

gustaba recordar, como a todos los viejos—. Yo había hecho algo en el periódico de un pueblo de Georgia. Todos en Nueva York me dieron con la puerta en las narices. Entonces se me ocurrió hacer un trabajo por mi cuenta. Por aquellos días ocurrían muchos suicidios. Hubo alguien que aparentemente lo hizo, un banquero. Se me ocurrió escarbar en el asunto y resultó que se trataba de un asesinato. Yo puse al culpable a disposición de la policía. Fue un éxito completo. De golpe y porrazo se me abrieron las Redacciones y pude elegir. Fueron unos años buenos, y luego, ¿para qué contarle? —Se inclinó sobre el brazo del sillón, alargó el brazo y cogió una botella de *whisky* que había en el suelo—. Éste es mi compañero, el único que me queda.

—Óigame, quiero hacerle una pregunta.

—¿Qué quiere saber?

—¿Conoció a Gooffrey Halliday?

—Sí, desde luego, un tipo de cuidado. Era socio de Luke Stagge cuando sobrevino aquel accidente. Yo estaba bien relacionado con todos ellos.

Me humedecí el labio con la lengua porque la siguiente pregunta era la buena.

—¿Y a Peter Hoffman?

—¿Quién?

—Peter Hoffman.

Parpadeó un instante.

—No recuerdo ese nombre. ¿Era alguien que estaba con ellos?

Di un suspiro de decepción.

—Sí, era de ellos, aunque quizá no estuviese a la vista.

Clavó los ojos en el cielo raso. Permaneció un rato en silencio. Luego dijo:

—No. ¿Está seguro de que ése es el nombre?

Sacudí la cabeza y me puse en pie. Caminé hasta el corredor donde estaba el teléfono y llamé a Bentley. Su voz era otra vez agria.

—Sigues haciendo de las tuyas, ¿eh, Jim?

—Hago lo que puedo.

—Enviaste otros dos tipos al hospital. A ambos les tuvieron que coser la cabeza.

—Qué lástima de hilo. Te prometo que la próxima vez lo haré

mejor.

—Me ordenaron que te entregase antes de media noche.

Consulté mi reloj. Eran las once y media de la mañana.

—Así pues, me quedan poco más de once horas —dije.

—No sé si voy a poder aguantar tanto.

—Anda, Bentley. Háblame de Hoffman.

—No he podido lograr nada. Hay muchos Hoffman en Nueva York.

—Pero no todos se llamarán Peter.

—Son demasiados y sólo cuento con cuatro muchachos para encontrar al que nos interesa. ¿Es que no lo comprendes, Jim? Eso resultará imposible. Siempre cabe la posibilidad de que la viuda de Halliday te haya engañado.

—Estoy seguro de que es el buen camino, Bentley.

—Escucha, Jim, ellos están haciendo muchas llamadas. Stagge ha puesto en marcha toda su organización. Al principio se limitó a echar mano a su fuerza de choque, pero tú has demostrado que puedes librarte de ellos. Es como si nos hubiesen anunciado que acaba de ser soltada una bomba atómica sobre nuestro territorio. Todo esto hierve, Jim.

—Es un placer oírte decir eso. El gran pulpo estaba amodorrado, no tenía siquiera que salir a cazar víctimas, ellas mismas se acercaban a su boca listas para que se las tragase, y ahora de pronto se siente en peligro.

—Sí, Jim. Se siente en peligro y él posee muchos tentáculos largos y provistos de grandes ventosas. Has provocado su ira y por ello va a morir mucha gente porque querrá dar un escarmiento. No se va a limitar a sacrificarte a ti. Se ha visto en peligro y aprovechará la coyuntura para eliminar a todas aquellas personas que un día u otro podrían hacerle algún daño. ¿Lo entiendes, Jim? Has querido hacer un bien y resulta que ahora, por ti, van a morir muchas personas.

Sonreí con amargura.

—Sólo hay un medio —dije—. Que yo acabe con la bestia.

—¿Dónde estás, Jim?

—En casa de un amigo, no te preocupes. Estoy seguro por ahora.

—Dame el teléfono por si hubiese alguna cosa.

Se lo di y luego colgamos.

Regresé al *living*. Bill se estaba atizando un trago. Luego de secarse la boca con el dorso de la mano se puso en pie.

—Hice un trabajo acerca de Gooffrey Halliday, ¿sabe? Ocurrió hace muchos años, poco después de la guerra, allá por el cuarenta y seis o cuarenta y siete. Sheridan no lo quiso publicar.

—¿Lo tiene aquí?

—Sí, desde luego, aunque me costará trabajo encontrarlo.

—¿Quiere buscarlo? —dije sintiendo renacer mi esperanza.

Bill hizo un gesto afirmativo y abrió una puerta. Era su dormitorio.

Por el hueco escapó un vaho de lugar infecto. Se me saltaron las lágrimas y cogí la botella que él había dejado en el suelo. Limpié la embocadura con el pañuelo y bebí. El *whisky* corrió por mi estómago y calentó mi sangre. Luego me senté y seguí fumando.

Bill permaneció un rato en su cuarto y luego regresó con una caja de cartón llena de polvo. Se puso a trastear en la caja y empezó a sacar papeles amarillentos que crujían al ser tocados. Les echaba una mirada y luego los dejaba caer en el suelo. Permaneció así un rato y de pronto se aclaró la garganta.

—Aquí está —empezó a leer para sí y se interrumpió mirándome —. Ahora está claro. Lo escribí con motivo de un asunto sucio. Halliday estaba interesado en libertar a un tipo que había detenido la policía, Paul Steeman, acusado de haber matado a una mujer con un cuchillo. Las pruebas eran bastante concluyentes, puesto que se conservaba hasta el arma homicida con las huellas de Steeman, pero de pronto ocurrió algo imprevisto. Un tipo llamado Guy Rhode se confesó autor del crimen. El abogado defensor de Steeman explicó que su patrocinado había llegado cuando la mujer ya estaba muerta e instintivamente había tomado el cuchillo dejando grabadas sus huellas. Todo fue aceptado como bueno. Luego Guy Rhode alegó legítima defensa. El cuchillo no era suyo, sino de la mujer. Se pudo verificar que ella había comprado el arma. De esa forma, Guy Rhode sólo escapó con seis años y todos quedaron contentos. Yo ponía al descubierto todo diciendo que Guy Rhode sólo era un muñeco de trapo y que el verdadero autor, Steeman, había escapado de manos de la policía merced a la habilidad y al dinero de Gooffrey Halliday. Nuestro flamante director Sheridan tiró el artículo al cesto de los papeles. Naturalmente, yo guardaba la

copia de todo lo que hacía.

Me quedé pensativo un rato.

—Paul Steeman —me oí decir—. Óigame, ¿qué fue de él?

—No lo sé. Sinceramente es una persona que se esfumó.

—¿Podría usted dar con su paradero?

—Eso es muy difícil.

—¿Y si tuviese la oportunidad de publicar un artículo mucho más grande que aquel que escribió, Bill? Lo de Steeman y lo de Rhode sólo sería un prólogo. Se titularía «Casi quince años después», y usted lo firmaría.

Se echó a reír.

—¿Para qué?

—Usted sólo tiene cincuenta años. Podía probarles que no es un hombre acabado, que todavía tiene mucho que decir. Un periodista a su edad está en lo mejor de la vida. ¿Nunca ha pensado en que podría tener otra oportunidad?

—Durante mis borracheras.

—¿Y si no hubiese sido un sueño?

Humedecióse los labios con la lengua y se me quedó mirando. Luego se puso en pie paseando mientras se frotaba el cogote.

—¿Habla en serio, Hayes?

—Absolutamente.

Sacudió la cabeza.

—¿Qué tengo que hacer?

—Búsqueme a Steeman.

—Infiernos, ¿dónde puede estar?

—Eso es cuenta suya.

—Está bien —alcanzó la botella del suelo y se dispuso a echar un trago, pero de pronto se me quedó mirando.

Estaba luchando consigo mismo, pero el combate duró muy poco. Agachóse y dejó la botella otra vez sin probar su contenido.

Luego le palmeé el hombro y le dije:

—Si cuando vuelve no estoy aquí, permanezca en el apartamento. Yo lo llamaré. Otra cosa, Bill. Contamos con once horas.

Soltó una risita y se marchó.

Fui otra vez al teléfono. Había una guía vieja colgada de un clavo. Busqué el nombre de Richard Kilb. Tenía un par de números.

Uno correspondía a su casa y el otro a su oficina, que se amparaba bajo el nombre de Consolidada, Sociedad de Exportación.

Oí la voz de una operadora y le rogué me pusiese en comunicación con la señorita Mary Keeler.

—¿Diga? —Oí su voz—. Mary Keeler al habla.

—Hola, nena —le dije.

Hubo una pausa.

—¡Oh, señor Foreman! —dijo—. Sí, tomo nota de su pedido… Déjeme su dirección y le contestaré… Calle Cuarenta y Cuatro, treinta y dos, apartamento trece… Gracias, señor Foreman.

En seguida colgó.

Bien; la chica era lista. Me acababa de dar una cita. La dirección correspondía al lugar y el trece era a la hora, la una, dentro de sesenta minutos.

Dejé transcurrir treinta minutos y llamé otra vez a Bentley, pero él no estaba. Entonces colgué y salí de la casa.

El número treinta y dos de la calle Cuarenta y Cuatro lo ocupaba el bar Veneto.

Pasé al interior y me ubiqué en el último taburete del rincón, desde donde podía ver la puerta.

Pedí un *whisky* y poco después entró Mary Keeler. Se cubría con una falda gris y una blusa de encaje de manga corta. Estaba fascinante. Me vio, pero en seguida apartó la mirada.

Se metió por una puerta donde habían reservados.

Permanecí un rato observando bien la entrada. Después de Mary aparecieron en el establecimiento cuatro clientes pero llegaron solos. A uno lo estaba esperando una rubia. Los otros tres se pusieron en la barra y como cosa de cinco minutos más tarde, dos de ellos se marcharon.

Pensé que todo estaba en orden. Pagué mi *whisky* y me metí por la puerta que comunicaba con los reservados.

Ella debió oír mis pasos, porque tosió para que yo pudiese localizarla. Estaba en el reservado número tres y bebía un martini.

—Hola —dije, cerrando a mis espaldas.

Me miró y sonrió preguntando:

—¿Con quién has hecho un pacto para seguir vivo, Jim?

Me senté a su lado y la observé con los labios entreabiertos. Yo estaba pasando mucho y recibía muy pocas compensaciones. Decidí

tomármelas por mi cuenta. La abarqué por la cintura y la estreché contra mí besándola fuertemente.

Luego la solté, inquiriendo:

—¿Qué tienes que decir?

—Grandísimo bruto —exclamó, pero no lo dijo con acritud, sino con una sonrisa en la boca, una sonrisa que la hacía más deseable.

Saqué el paquete de cigarrillos. Justamente había dos. Los encendí y le di uno.

Después de lanzar una bocanada de humo, ella dijo:

—Te has convertido en el enemigo público número uno de ellos.

—¿Sí?

—Todos están despiertos, Jim. No creo que ninguno haya dormido esta noche. No han dejado de llamarse entre sí y de conferenciar a larga distancia. Vienen tipos de Denver, de Chicago, de Nueva Orleáns, de todos los rincones del país. Utilizan el avión. Llegarán aquí esta misma tarde y esta noche habrá una reunión.

—¿Dónde?

—Eso no lo sé.

—Pero te puedes enterar.

—Me resultará imposible.

—¿Por qué, nena?

—Yo soy secretaria de Richard Kilb, pero hay cosas que él guarda para sí mismo. El lugar y la hora de esa conferencia es algo absolutamente secreto.

—¿Qué es lo que les ha puesto tan nerviosos?

—Tú, naturalmente.

—No, nena. No soy tan estúpido como para creerlo.

—No te comprendo.

—Admito que soy el promotor de todos los disturbios, pero ellos temen algo. ¿Qué demonios puedo hacerles después de todo? He eliminado a unos cuantos, pero ellos terminarán por cazarme y Stagge lo sabe —hice una pausa y largué un par de chupadas al cigarrillo—. Está claro que la causa principal es que Stagge teme que yo dé con algo.

No había pensado en ello porque se quedó muy asombrada.

—Quizá sea eso —murmuró.

—No puede ser otra cosa. Saben que yo estoy ahondando, que investigo, que no me estoy quieto, que aguanto todas sus tarascadas

y que no me achico. El simple hecho de que vaya a un lugar y a otro significa que estoy enredando, tratando de desenterrar algo.

—¿El qué, Jim?

—Ni yo mismo lo sé, pero ellos han llegado a la conclusión de que estoy a punto de poner las manos en algo que los haría saltar por el aire.

Pensé que ella me podría dar algún informe acerca de Peter Hoffman.

—¿Cuánto tiempo llevas con Richard Kilb?

—Apenas un año.

—¿Cómo llegaste hasta él?

—Yo estudiaba en Chicago, en una escuela de secretarias. Me recomendó un amigo de Richard Kilb.

No sabía si confiar en ella. Era muy hermosa y tenía unos labios tentadores y poseía mucha seducción. Naturalmente, cabía la posibilidad de que ella estuviese haciéndoles el juego a Richard Kilb y a Stagge, pero llevaba un buen rato en el reservado y por allí no aparecía nadie para freírme. Mary podía estar al margen de todo, ser simplemente una secretaria. ¿Por qué no?

Finalmente me decidí a contárselo. Le hablé de Ethel, de la conversación telefónica que sostuve con ella y de Peter Hoffman. Le pregunté acerca de éste.

Permaneció un rato intentando recordar, pero tal como había ocurrido antes, no dio resultado.

—Lo siento, Jim —dijo—. Tengo buena memoria y estoy segura de no haber oído el nombre de Peter Hoffman durante el tiempo que estoy trabajando con Richard Kilb.

—Lo suponía, nena. Era sólo un disparo al azar.

Consultó su reloj.

—He de regresar a la oficina.

—Me gustaría conocer el lugar de esa reunión —dije apoyando mi mano en la de ella.

—Intentaré saberlo y te pasaré el dato. ¿Dónde te puedo llamar?

Le di el número de Bill Hauser y le expliqué:

—Si yo no estoy, oirás la voz de un amigo. Díselo a él, no hay inconveniente. Pero ten cuidado, nena. Si esos tipos se dan cuenta de que estás jugando con dos barajas, te la ganas.

—Lo sé, Jim.

Le cogí la barbilla. Su piel era suave y había sido hecha para ser besada.

Uní mis labios a los suyos. Luego ella se levantó.

—Yo saldré dentro de unos minutos —le dije.

Se detuvo junto a la puerta sonriéndome.

—Cuídate mucho, Jim.

Le guiñé un ojo y ella se marchó.

Quedé allí solo y encendí un cigarrillo. Todo eran palos de ciego, pero al menos la entrevista con Mary había servido para cerciorarme de que los tenía como locos. El pulpo se movía nervioso, se retorcía, ya no se encontraba cómodo como durante tantos años. Había entrevisto la posibilidad de que fuese eliminado y se disponía a aunar todas sus fuerzas, todas sus energías para descargarlas sobre la persona que se había atrevido a despertarlo de su letargo, y esa persona era *yo*.

Oí pasos por el corredor y un sexto sentido me dijo que había llegado mi hora.

Saqué la «Smith & Wesson», puse un pie en una silla y me pasé al otro reservado con ligereza, aun cuando me despellejé los dedos al descolgarme.

Todavía no había tocado el suelo cuando de pronto sonó una ráfaga.

Oí el crujido de las balas. Astillas de madera saltaron por el aire. Luego alguien en el bar dio un chillido.

Siguieron pasos y carreras. Los tipos iban a salir por la puerta trasera. Debían conocer bien el establecimiento.

Yo abrí rápidamente la puerta y salí con mi «Smith & Wesson» por delante.

—¡Eh, gorilas!

Los tipos eran dos. Stagge continuaba mandándomelos por parejas.

Se volvieron rápidamente y vi que uno de ellos esgrimía una pistola y el otro una metralleta.

Apreté el gatillo una, dos, tres, cuatro veces. Yo también envié mis balas a pares. Dos para cada uno.

Era más de lo que podían digerir. Abrieron mucho los ojos y las

armas colgaron de sus manos. Dieron un traspiés y entrechocaron. Iban a morir con sus ojos observando mi imagen y yo estaba vivo.

Se vinieron abajo con estruendo, pero el tipo de la metralleta aún pudo apretar el gatillo y soltó otra ráfaga que hizo una larga desconchadura en la pared.

Salté por encima de los cadáveres y salí a un callejón.

Me moví muy aprisa y poco después estaba lejos de aquel lugar.

Stagge recibiría muy pronto la noticia. Sería cuestión de minutos. ¿No tenía él una buena organización?

Mary Keeler, después de todo, había resultado ser una de ellos. Ella había llevado la pareja de buitres hasta el bar. ¿Les dije que era muy lista la chica?

Me había preparado una buena encerrona. Recordé la forma en que lo había hecho, considerándome como un cliente para que yo no sospechase nada, y entonces recordé las palabras de Bentley respecto a que yo era un fanfarrón con las mujeres. El teniente tenía razón. ¿Y Ethel? ¿Habría hecho lo mismo ella al utilizar el nombre de Peter Hoffman? ¡Malditas fuesen todas!

Capítulo VII

Al entrar en el apartamento de Bill Hauser, encontré una nota en el suelo. La leí. Su contenido decía:

> «Le espero a las cuatro en la calle Setenta y Siete, Oeste, doscientos treinta y dos, apartamento dieciséis».

Estaba firmado por Hauser.

Hice pedazos el papel y lo tiré al suelo.

Llamé por teléfono a Bentley. Estaba más furioso que nunca.

—¡Se acabó la fiesta, Jim! —dijo—. Has de entregarte.

—El plazo expira a las doce de la noche, ¿lo recuerdas?

—No puedes ir por ahí dejando muertos en todas partes.

—Eran basura.

—Tenemos una Administración de Justicia…

—Conozco la historia —le interrumpí—. No soy un chiquillo, Bentley. Vosotros estabais atados de manos. No podíais hacer nada contra ellos y ahora con sólo esperar un poco podréis empezar a zurrarles.

Sabía que lo estaba convenciendo con mis palabras y eso lo enfureció más.

—¿Qué hay de Peter Hoffman? —pregunté.

—Nada, todavía nada. ¿Y tú? ¿Qué has adelantado?

—Algo.

—Suéltalo.

—Esta noche van a tener una reunión.

—¿Quiénes?

—Los peces gordos.

—Lugar y hora.

—No lo sé.

—Qué gracioso eres.

—Todos están en camino. Han salido de sus nidos y vienen para oír a su jefe máximo. Se tomarán graves determinaciones. Esta noche se juega mucho.

—¿Quién, Jim? ¿Quién se lo va a jugar?

—Tú, yo, los ciento cincuenta millones de habitantes de nuestro país.

—No te pongas dramático.

—Sabes que no me gusta. No hay teatralidad.

—Está bien. ¿Quién te pasó el aviso?

—La pelirroja.

Soltó una carcajada.

—¡Qué ingenuo eres! Estuve en el Veneto poco después que dejaste a los dos fiambres y me hablaron de la pelirroja. Fue ella quien llevó tras de sí a los dos fulanos.

—Ahí está lo gracioso. Ella me dijo lo que había porque sabía que no podría comunicarlo a nadie. ¿No lo comprendes? De allí no iba a salir vivo.

Hice un nuevo impacto. Rezongó algo por lo bajo y dijo:

—No estoy seguro de que resulte, pero vigilaremos.

—Sabré dónde es la cita, Bentley, aunque en ello me vaya la vida. Aconsejo que no disperséis vuestras fuerzas. Estad preparados para cuando yo apriete el botón.

—Nos quieres hacer pasar otra mala noche, ¿eh?

—¿No crees que vale la pena?

—¿Y si te meten antes en la barriga el plomo que estás pidiendo a gritos?

—Recuérdalo, Bentley. Te llamaré.

Colgué y en seguida sonó el timbre.

—¿Jim? —dijo una voz femenina en la que reconocí la de Mary Keeler.

—Hola, traidora.

—Jim, tú no pensarás…

—Claro que no, nena. Los llevaste allí para que me convirtiesen en un hervidero de gusanos, pero yo no te debo guardar rencor por eso, ¿verdad?

—Oh, no, Jim. No fue así. Ellos me siguieron. La treta que inventé en la oficina cuando hablé contigo no surtió efecto. Eso fue todo. Sospechan de todo el mundo y debí suponer que me vigilarían.

—Cuentos.

—Es así, Jim. ¿Es que no te das cuenta? Me diste el número de ese teléfono. Si yo quisiese tu muerte, a estas horas ellos sabrían a qué dirección corresponde y te hubiesen estado esperando ahí.

Me estremecí pensando que tenía razón, pero también podía ocurrir que la pareja de turno me estuviese esperando abajo y ella hubiese llamado para entretenerme. Acepté la segunda versión.

,—Oye, Jim —dijo—. A pesar de todo seguiré investigando para conocer el lugar de esa cita que te interesa. Yo…

De pronto se interrumpió.

—¡Mary!… —grité.

No oí nada.

—¡Mary! —repetí—. Oiga…

La comunicación había quedado interrumpida. Colgué y esperé como cosa de cinco minutos.

Mi cuerpo comenzó a traspirar. Observé el teléfono. Seguía mudo. Entonces descolgué el auricular y marqué el número de la oficina de Richard Kilb.

Oí la voz de la operadora.

—Oficinas de Richard Kilb.

—Oiga, señorita —le dije—. Póngame con Mary Keeler.

—¿Quién la llama?

—Un amigo.

—Lo siento, señor, pero Mary Keeler ya no trabaja aquí.

—¿Desde cuándo?

—Se marchó anoche. Dejó su empleo.

Sentí que la cólera se apoderaba de mí y me hurgaba el estómago y me llegaba al corazón y a la cabeza.

—Señorita, póngame con Richard Kilb.

—No sé si podrá atenderlo.

—Estoy seguro de que sí. Dígale que lo llama Jim Hayes.

—Sí, señor, ahora mismo.

Esperé unos, segundos y luego oí una risita.

—¿Señor Hayes?

—Escuche, Kilb. ¿Dónde está Mary Keeler?

—Se refiere a una de mis secretarias, a la pelirroja, ¿verdad?

Apreté los dientes con rabia.

—Sí, Kilb, a la pelirroja.

—¿No le dio ningún aviso? Se marchó ayer de Nueva York.

—¡Sabe que eso es una sucia mentira!

—Caramba, señor Hayes. ¿Quiere, estar más enterado del movimiento de mi oficina que yo? Se lo aseguro, me dijo que estaba cansada de Nueva York, que había conocido a ciertos tipos que no eran de su agrado, posiblemente uno de ellos era usted, ¿verdad, señor Hayes?

—¿Dónde está ella, Kilb?

—En Chicago, naturalmente. Es lo que ella dijo. ¿No le contó que procedía de allí?

—Óigame esto, Kilb. No le hagan nada, diga a sus muchachos que no la toquen.

—Ha bebido demasiado, señor Hayes, o quizá su salud está resentida. ¿Por qué no se toma unas vacaciones? Es lo que le conviene. Florida en esta época del año es maravillosa. O quizá le interese el Canadá o Nueva Orleáns. Si no tiene dinero, eso no es un obstáculo. Estoy seguro de que, a una palabra suya accediendo al viaje, alguien le podría proporcionar un bonito fajo de billetes.

—¡Punto final, puerco!… Le hago a usted responsable de lo que le ocurra a Mary Keeler. Hágale sólo un rasguño y le juro que le haré crujir todos los huesos antes de balearlo.

Colgué porque ya nada podía sacar de aquella conversación.

Mary Keeler había sido atrapada y podía suponer lo que ellos hacían con todos sus prisioneros. No; Bentley no aliviaría la situación. Podía enviar un par de agentes o ir en persona a hablar con Richard Kilb y él le diría lo mismo que a mí, que Mary Keeler se había despedido de la oficina y presentaría una docena de testigos o un centenar si fuese preciso, para acreditar sus palabras. Era yo quien debía encontrar a Mary. No podía ser otra persona.

Las ideas se movían dentro de mi cabeza confusas, entremezcladas en un gran revoltijo.

Fui al *living*, cogí la botella de *whisky* y lo acabé de un trago. Luego la arrojé contra el sillón. Rebotó y cayó al suelo haciéndose añicos.

Aquellos bastardos sabían dónde pegar los golpes y como hacerlo para que doliesen más.

A las cuatro estaba en la dirección que me había dejado Bill Hauser, el doscientos treinta y dos de la calle Setenta y Siete, Oeste.

Ascendí por una vieja escalera y me detuve ante la puerta dieciséis. Apreté el timbre. Bill Hauser abrió e hizo un saludo con la mano sonriendo.

—Adelante, Jim.

Me precedió hasta una habitación donde un hombre estaba tendido en una cama. Comparado con él, Bill todavía era un hombre. Parecía un pingajo humano. Se cubría con una camiseta y un pantalón. Ambas prendas estaban sucias, manchadas de licor y de grasa. La edad del tipo era indefinida. Lo mismo podía tener sesenta años que estar por los cuarenta y cinco. No se había rapado en un par de semanas. Tenía los ojos abiertos, mirando al cielo raso. Estaba muy delgado y la camiseta se adhería a sus costillas.

—¡Bill! —gritó y de pronto se puso sentado en la cama—. ¡Bill! ¡Me hace mucha falta…! ¡Dámela ya…! ¡Dámela!

Me fijé en sus brazos y vi las señales de la hipodérmica.

Bill se puso a su lado y le palmeó la espalda.

—Vamos, chico, no tardarán en traerla. Es cuestión de cinco minutos. Le di dinero a Ana, debe estar al llegar.

El enfermo se humedeció los labios.

Me echó una mirada sin verme y le sonrió a Bill.

—¿Verdad que la traerán…? ¿Verdad que Ana vendrá pronto?

—Es lo que te acabo de decir, muchacho.

Su respiración era cada vez más agitada.

—¡Tiene que venir…! ¡Tiene que venir! —chilló y se acostó de nuevo.

Miré a Bill.

—¿Paul Steeman?

—Sí, y también Peter Hoffman.

Sentí un escalofrío por la espina dorsal y miré otra vez al despojo.

—Hoffman —le llamé.

—No atiende a nadie —dijo Bill—. Es inútil. No lo hará hasta que tenga la droga.

—¿Quién es esa Ana?

—Su esposa. Dice que lleva así una semana. Estaba a punto de llamar a la policía, no lo podía resistir más. Le di el dinero para una toma. Sólo así podrá hablar.

—¿Cómo sabe que es Hoffman?

—El mismo me lo dijo a cambio de mi ayuda.

—Ha podido ser un cuento.

—Sí, ha podido serlo, son capaces de todo —Bill se encogió de hombros—. Pero ¿qué quería que hiciese? Ande, siéntese ahí y espere.

El departamento estaba en el mismo desorden que el de Hauser, latas por todas partes y suciedad.

Compadecí de todo corazón a Ana.

Al cabo de un par de minutos, Steeman se levantó otra vez dando los mismos gritos.

Bill lo aplacó de nuevo.

Poco después una llave hizo ruido en la cerradura.

Entró una mujer de unos treinta y cinco años de edad. Había sido hermosa en otro tiempo, aunque todavía valía la pena. Tenía el cabello del color de la plata. Me dirigió una mirada suspicaz y Bill dijo:

—Es un amigo.

El marido se levantó de un salto con los ojos muy abiertos.

—¿Lo traes, Ana?

—Sí, Paul.

La propia mujer lo preparó todo y le inoculó.

Bill se tendió en la cama, pero su respiración continuó siendo agitada durante un rato.

Ana nos miró a Bill y a mí y se dejó caer en un sillón.

—No he podido más y he dicho a un amigo que llame a la policía dentro de un par de horas. No he querido ser yo misma…

—Ha hecho bien —le dije.

—Pero ¿qué va a ser de él?

—No se preocupe, los tratan bien. Dentro de algún tiempo lo recobrará y entonces su regeneración dependerá de él.

—No podrá resistirlo.

—Quizá sí —dije, palmeándole amistosamente la mano—. Es su única posibilidad. Usted ha hecho lo mejor por él.

Poco a poco el marido de Ana fue serenando su respiración y de

pronto se echó a reír y se enderezó.

Me miró como si yo acabase de llegar.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Bill respondió por mí.

—Es un compañero, Paul, un estupendo chico.

Steeman me miró con precaución.

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Quiere que le informe acerca de algo.

—Pues entonces que abra la puerta y se marche.

Bill rió.

—¿Por qué esos modales, Paul? Fue él quien me dio el dinero para lo tuyo.

—Sí, ¿eh? —Paul sonrió—. Eso quiere decir que yo le intereso, ¿verdad que sí, amigo?

Sacudí la cabeza. Me repelía hablar con aquel tipo. Su maldito vicio le estaba costando muy caro a su mujer. Ahora que él estaba sereno, tuve ganas de levantarme y echarle las muelas abajo, pero con eso no adelantaría nada el objetivo que me había llevado allí. Suspiré armándome de paciencia y dije:

—Ande, Bill, pregúntele. Yo intervendré cuando crea oportuno.

Hauser hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Oye, Paul, queremos saber acerca de Halliday.

Rió otra vez y se tendió en la cama.

—Pierden el tiempo. Lárguense.

Hice una señal a Ana para que saliese fuera. Vaciló unos instantes, pero finalmente se retiró del dormitorio.

Luego me puse en pie y avancé por un costado de la cama hasta detenerme cerca del almohadón donde Steeman descansaba la cabeza.

—¿Qué pasó entre usted y Halliday, Paul?

—Nada. No pasó nada.

Lo cogí por el cabello y le di un tirón violento hacia arriba.

Empezó a dar un grito y le tapé la boca con la mano.

Sus ojos me miraron con miedo.

—Escucha, miseria —le dije—. Vas a cantar y lo vas a hacer muy claro. No tengo tiempo para oír tus risas ni soportar tus desplantes. Quiero oírlo todo del principio al fin o te juro que vas a necesitar una nueva cara —lo miré fijamente para que supiese que

no le estaba hablando gratuitamente y luego le aparté la mano de la boca.

Dejó escapar el aire por entre los dientes y movió la cabeza de arriba abajo dando su conformidad. Le recordé:

—Tú pertenecías a la organización de Halliday, liquidaste a una chica y él te echó una mano.

—No la maté yo. Todo lo tenía en contra, pero no fui yo.

—¿Vas a decir que Halliday tenía razón y que Guy Rhode fue el verdadero asesino?

—No. Tampoco fue Guy Rhode.

—¿Quién?

—No lo sé.

Levanté la mano y cerré el puño para que él viese cuál era mi intención. Debió pensar que uno de mis golpes lo iba a dejar dormido para mucho rato y justo cuando despertase se le habrían pasado los efectos de la condenada droga. Se humedeció de nuevo los labios con la lengua y dijo:

—Fue el propio Halliday.

—No.

—Sí, fue él. Me dijo que le tendiese una mano. Me ordenó que ocupase su lugar y que en el último instante se sacaría un as de la manga. Lo enredaría de tal forma que yo saldría libre. Yo no hubiese querido hacerlo, pero entonces me hubiesen matado. No tuve más remedio que aceptar y puse mis huellas en el cuchillo. Salió tal como ellos dijeron. Guy Rhode era otro chivo emisario como yo, pero a él le pagaron más porque tenía que estar unos cuantos años en la jaula.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Paul Steeman.

—El otro.

—No hay otro.

—¡El otro, Paul!

Cerró los ojos. En su frente se habían formado pequeñas gotas de sudor.

—Peter Hoffman —dijo.

Las piernas se me aflojaron. Así pues, Ethel me había dicho la verdad. Éste era el Peter Hoffman que yo buscaba.

CAPÍTULO VIII

Me tomé un respiro. Saqué el paquete de cigarrillos y él tendió la mano para coger uno, pero yo no se lo di. Le tiré un cigarrillo a Bill y ambos encendimos. Miré otra vez a Hoffman y procuré que mi bocanada de humo le pegase bien en la cara.

—Peter Hoffman —repetí—. ¿Cuándo usaste ese nombre y por qué?

—Déjeme en paz… No puedo decir nada.

—Tonterías, Peter. Además, el secreto no va a salir de aquí.

—He oído decir otras veces eso. Yo mismo lo he presenciado, tipos que cantaron y que luego no tuvieron tiempo para arrepentirse, porque murieron en seguida.

—Contigo no pasará eso.

—¿Por qué no? ¿Quién me lo asegura…? Ellos están en todas partes.

—Ellos no saben siquiera que tú vives. ¿No te han dejado en paz todo este tiempo?

—Sí.

—¿Cuántos años, Peter?

—Cuatro.

Podía añadirle que la policía lo iba a conducir a un centro de desintoxicación y que ello garantizaría su vida, pero pensé que la noticia lo volvería loco. El tipo estaba perdido, completamente perdido.

Saqué la cartera y extraje unos cuantos billetes, veinticinco dólares, y se los tiré sobre el regazo.

Miró el dinero y se apoderó de él de un zarpazo, como si le acabasen de decir que la Tesorería de los Estados Unidos no iba a emitir más billetes.

—Anda, Peter —lo animé—. Tengo mucha prisa.

Vaciló todavía unos instantes y por fin dijo:

—Mi verdadero nombre es Peter Hoffman, el otro, Paul Steeman, fue el que utilicé a mi llegada a los Estados Unidos hace veinticinco años. Yo procedo de Baviera —empezó a hablar a trompicones. Hizo una pausa y señaló mi cigarrillo—. Necesito fumar.

Saqué el paquete y luego le ofrecí la llama.

Dio una chupada y prosiguió mientras observaba el humo:

—Tuve varios empleos, hasta que un día encontré a Gooffrey Halliday. Le caí simpático y me ofreció trabajo a su lado. Halliday era un tipo que cada día era más poderoso. A su lado yo ganaba mucho dinero. Montó una buena organización. La policía de vez en cuando pretendía echarnos el guante, pero Halliday siempre se las arreglaba para salir bien parado.

Se mordisqueó una uña y se la contempló, quizá para considerar si valía la pena pegarle otro bocado.

—El mayor enemigo de Halliday no fue la ley, sino un tipo que empezó a prosperar de pronto, Luke Stagge, un pandillero lleno de ambición. Luke quiso pisarle el cuello a Halliday. Libramos una buena guerra y cuando los dos se convencieron de que uno no podía vencer totalmente al otro, se dieron la mano. Pronto advertimos todos que Halliday tenía los días contados. Luke Stagge era mucho más joven que él y poco a poco fue atribuyéndose la dirección de la sociedad. Halliday quedó solamente convertido en un comparsa y él lo sabía. Vivía inquieto, esperando que alguna mano traidora ejecutara la sentencia de muerte. Entonces decidió jugársela antes de que se la jugasen.

—¿De qué forma? —pregunté.

—Se apoderó de cinco millones de dólares que la sociedad había dispuesto para pagar un gran lote de drogas. El dinero se esfumó. Halliday lo había pensado bien. Dijo a Stagge que el dinero lo tenía él y que no estaba dispuesto a huir. Era la parte que le correspondía, que debía dejarlo en paz. Naturalmente Stagge no podía matarlo sin saber dónde estaban los cinco millones. Halliday realmente no quería huir, sólo tener la seguridad de que Stagge no lo mataría y lo había conseguido de esa forma.

—Fue una buena treta —convine—. Halliday demostró ser

astuto.

—Pero entonces ocurrió lo imprevisto.

—¿El accidente de automóvil?

—Exactamente. Halliday se despeñó con su coche cuando se dirigía a su cabaña de los Addirondaks. Le acompañaba su guardaespaldas de confianza. Ninguno de ellos murió en el accidente, pero Halliday llevó la peor parte, quedó muy grave y el guardaespaldas, Michel Reynolds, logró salir del barranco en que se encontraban y avisó a Luke Stagge.

Hoffman guardó un nuevo silencio.

—Continúa —le dije.

—Quiero más dinero —opuso.

—No hay más.

—¿Es que se cree que me voy a conformar con veinticinco dólares? Lo que estoy contando es un auténtico filón.

Sentí deseos otra vez de pegarle en la cara.

—Está bien. Tendrás doscientos más.

—Quiero verlos.

—No los tengo aquí.

—Vaya a buscarlos.

—Estamos cortos de tiempo. Puedo prometerte que los recibirás. Y basta ya, Hoffman, o terminarás por cansarme.

Leyó la decisión en mis ojos y se mojó el labio inferior con la lengua.

—Está bien, pero, recuérdelo, doscientos pavos.

Sacudí la cabeza y él prosiguió.

—No había ningún testigo del accidente. Todo ocurrió a orillas de un camino vecinal. Luke Stagge se llegó con sus hombres al lugar en que Reynolds lo esperaba. Sacaron del hoyo a Halliday y se lo llevaron a un doctor. Halliday permaneció durante dos noches en trance de muerte. Se salvó al fin, pero ocurrió una cosa.

Se echó a reír.

—¿Qué? —pregunté.

—Había perdido la memoria.

Rió otra vez histéricamente.

—¿Se da cuenta? Había enterrado en alguna parte cinco millones de dólares y luego perdió la memoria.

Luke Stagge se desesperó, hizo lo que tenía que hacer. Llamó a

un especialista al que pagó bien por su silencio. El doctor dijo que Halliday podía permanecer muchos años sin acordarse de nada, ni siquiera de quién era, pero, después de algún tiempo llegaría el momento en que empezase a recordar. Bonito, ¿verdad?

Miré nervioso el reloj. Eran las cinco y aquellos malditos tenían consigo a Mary Keeler. Se me revolvieron las tripas pensando en lo que podían estar haciendo con ella.

—Ahórrate los comentarios, Hoffman —le dije.

—Luke Stagge dio al fin con una idea. No podía arriesgarse a que el día menos pensado Halliday recobrase la memoria y se pusiese a hablar. Alguien le podría tomar la delantera para llegar al lugar donde estaban los cinco millones. El propio accidente le sirvió para pensar lo que debía hacer. Buscó a un tipo que se pareciese a Halliday, cogió al propio Reynolds, ordenó la muerte de los dos y luego llevaron los dos cadáveres al coche despeñado. Esto ocurrió una semana más tarde al verdadero accidente. Prendieron fuego a la gasolina y se marcharon. De esa forma, Luke Stagge pudo pegársela a todos cuando los cadáveres fueron rescatados. El fuego no había hecho mucha presa en ellos, pero Luke se había asegurado con el individuo que había hecho pasar por Halliday, ordenando que le mutilasen la cara.

—¿Entraba en el negocio la mujer de Halliday?

—No. Ella picó también.

—¿Qué hicieron con Halliday?

—Luke Stagge lo encerró en una casa en compañía de una enfermera y de media docena de hombres.

—¿Sigue allí?

—No lo sé. Yo hace cuatro años que salí de la organización.

—¿Te dejaron marchar conociendo el secreto?

—Ellos creían que yo no sabía nada. Para hacer el negocio, Luke sólo utilizó a hombres de su confianza. Yo pertenecía a la banda de Halliday, pero vi algo raro en todo aquello, porque justamente durante la semana que él debía estar en su cabaña, yo fui allí a hablar con él acerca de un par de asuntos y me encontré con la casa vacía. Empecé a investigar por mi cuenta, y me gasté mucho dinero en *whisky* invitando a los muchachos que me parecían más adictos a Luke Stagge. Así logré saber la verdad.

—¿Dónde está la casa?

—En Ramsey, al norte de Paterson.

—Sé dónde es —intervino Bill Hauser—. Estuve allí cierta vez para hacer una información.

—Otra cosa, Hoffman —dije—. La señora Halliday me dio tu nombre.

Steeman, alias Hoffman, se mojó otra vez los labios. Cada vez los tenía más resecos.

—Cuando salí de la organización se me ocurrió que podía sacar dividendos de mi secreto. Pensé que la señora Halliday podría pagarme un buen fajo de billetes. Fui a ella y se lo conté todo. ¿Y qué cree que hizo?

—Te mandó al infierno.

Me miró asombrado.

—Me dijo que todo era un cuento y que haría mejor con no mover el asunto. Me amenazó con contárselo a Luke Stagge y yo terminé suplicándole que no lo hiciese.

—¿La señora Halliday te conocía antes de ir a chantajearla?

—No.

—¿Qué nombre le diste?

—Él de Peter Hoffman. Luke Stagge y sus muchachos sólo me conocían por el de Paul Steeman y quise tener una seguridad.

Así, todo quedaba claro. Ethel me había dado el nombre de Peter Hoffman porque no le conocía otro. Cabía preguntarse por qué había hecho eso. La respuesta sólo podía darla ella, pero barajando hipótesis, quizá fuese porque ella estaba cansada de Luke Stagge, de Richard Kilb y de toda aquella basura.

La entrevista con Hoffman estaba a punto de terminar. Permanecí un momento pensativo observándole.

—Sólo falta que nos digas la ubicación exacta de la casa de Ramsey.

—Está al final de la avenida Oakland. Resulta inconfundible porque no hay otra edificación en los alrededores. Está defendida por altos muros y sólo se llega a ella por un portón que siempre está cerrado.

—Gracias, Hoffman.

—¿Y mis doscientos?

No sabía de dónde los iba a sacar; pero juré que se los enviaría aunque, cuando llegasen, él no estaría presente para embolsárselos.

Le hice una señal a Hauser.

—Vámonos, Bill.

Hoffman dio un suspiro y se tendió otra vez en el lecho.

En el *living* encontramos a Ana. Me dio mucha lástima aquella mujer.

—¿Ha conseguido algo? —preguntó.

—Sí, mucho —respondí.

—Lo celebro —sonrió con amargura y se pasó una mano por la frente—. No deben tardar en llegar.

—Le enviaré algún dinero, Ana —dije, y fui rápidamente a la puerta.

Una vez en la calle, tomé a Bill del brazo.

—Te vas a ir a tu apartamento, Bill. Llamará un teniente de la policía preguntando por mí.

—Que llamen todos los que quieran. Yo me voy contigo a Ramsey.

—No te necesito. Tomaré un taxi. La información seguirá siendo tuya.

—¿Por qué no hablar, entonces, con la policía antes? Sería una buena compañía para enfrentarse con esa pandilla de matones.

—Olvidas algo importante, Bill. Ramsey pertenece al estado de Nueva Jersey. Mi amigo, el teniente Bentley, no puede hacer nada. Tendríamos necesidad de echar mano al FBI, y eso requiere tiempo. Aunque se resolviese en una hora, esos sesenta minutos podrían ser fatales.

—Halliday está allí desde hace unos cuatro años. Puede esperar unos minutos más.

—No se trata de Halliday. Pescaron a una muchacha que ha hecho mucho por mí. Es a ella a quien me interesa librar antes de que sea demasiado tarde. Mi plan es cazar a Halliday y obligar a Luke Stagge a hacer un cambio. Halliday por la muchacha.

—Infiernos. Lo dices como si ya tuvieses a Halliday. ¿No oíste a Hoffman? Se trata de una casa defendida por altos muros y a la que hay que entrar saltando una puerta de hierro.

—Sabré arreglármelas.

—Como quieras, pero estoy dispuesto a jugarme el importe de mi artículo a que no te vuelvo a ver coa vida.

—Si es así, tendrás otro motivo más para meterte con Sheridan.

Puedes acusarlo de que me ha dejado morir después que le ofrecí una información por la que cualquier periódico pagaría miles de dólares.

Hice una señal a un taxi que pasaba vacío, grité un saludo a Bill y, poco después, el coche corría hacia Ramsey.

CAPÍTULO IX

Despedí al taxi lejos de la casa y luego me puse a andar. Hoffman me había informado bien. Los muros eran demasiado altos, insalvables. Cerca de ellos no crecía ningún árbol. Aquella parte de la Avenida Oakland estaba en las afueras de la ciudad. Las últimas casas quedaban muy lejos.

Pasé muy rápido por la puerta de hierro. Estaba cerrada, y me di cuenta de que para salvarla tendría que hacerla volar con dinamita. Deseché el procedimiento, doblé por el muro cuando llegué al final y seguí andando, dando la vuelta a la casa.

Siempre me encontré con la maldita pared de más de tres metros de altura. Los muy canallas no habían dejado crecer un condenado árbol que sirviese para ver el interior. Regresé por la otra parte de la Avenida Oakland soltando para mis adentros todos los juramentos que había aprendido durante el servicio militar.

De pronto, oí ruidos procedentes del portón. Lo estaban abriendo. Di la vuelta rápidamente y eché a andar hacia la ciudad, como si yo fuese un tipo que pasaba casualmente por allí.

Oí una voz.

—No tardes, Kent.

Luego, otro, respondió:

—Maldita sea; déjame al menos treinta minutos que respire un poco.

Seguí andando despacio, y no tardé en oír los pasos del hombre que ganaba terreno a mis espaldas.

Llegamos a las primeras casas y todavía no me había pasado. Vi un bar a la derecha y me metí dentro. El tipo lo hizo después que yo, casi pisándome los talones.

Había un mozo detrás del mostrador.

—Un *whisky* —pedí.

Kent estaba allí, a mi derecha. Pidió también un *whisky*. Estaba por los veinticinco años de edad, y era alto, con el cabello cortado al cepillo y la nariz que parecía aplastada por un martillo. Tenía una cicatriz junto a un ojo, sobre la ceja izquierda. Poseía una fuerte musculatura. Era un boxeador que se había decidido por una profesión más lucrativa. Había prestado su fuerza a una pandilla de canallas.

Yo bebí y él bebió también.

Sentí que me miraba a hurtadillas, pero no le debí resultar peligroso porque, en seguida, se puso a silbar.

Al fondo había una mesa de billar. Dos hombres jugaban una partida. Kent se fue allí con el vaso en la mano y se distrajo un rato observando a los jugadores.

Yo tomé otro *whisky* y encendí un cigarrillo. Tenía que tomármelo con paciencia. Media hora había dicho y ya habían pasado veinte minutos.

Kent vino hacia el mostrador y pensé que iba a pagar y marcharse, pero lo que hizo fue cambiar un dólar por monedas y meterse en la cabina telefónica. Se puso a hablar y a, reír. Cacé palabras sueltas. Estaba hablando con una mujer. De vez en cuando metía una moneda por la ranura para seguir hablando. Al fin colgó. Pagó el importe de su consumición en el mostrador y salió fuera.

Yo también aboné lo mío y fui en pos de él. Me di mucha prisa porque me había cobrado un poco de ventaja. Estábamos llegando a la esquina de la casa donde él prestaba servicio como guardián cuando lo alcancé.

—Eh, oiga —llamé su atención.

Volvióse y su rostro empezó a tornarse blanco cuando vio la pistola con que yo le apuntaba.

Capítulo X

Le sonreí enseñándole los dientes.

—Vamos a entrar en la casa, Kent.

Señaló el muro haciendo una mueca de perplejidad.

—¿Ahí?

—Seguro, Kent, y te vas a portar como los buenos, a menos que prefieras una buena dosis de medicina.

—Está loco.

Me reí a gusto. Había muchos tipos que me creían loco. Para ser exactos, todos cuantos me conocían.

—Anda, Kent, empieza a andar. Yo iré a tu lado. Llevaré la pistola en el bolsillo. Si me vendes, te la ganas. No te daré tiempo ni para respirar. Es un juramento.

—Lo van a convertir en pulpa, compadre. Si traspasamos el muro no volverá a salir.

—Eres muy pesimista, Kent.

—¿Y qué le digo a Mortimer, el tipo que me ha de abrir? No consentirá que usted entre.

—Le dices que somos unos amigos de la infancia y que nos acabamos de encontrar. La vida es así. Soy un viajante de paso hacia Nueva York.

—No colará.

—Eso va a depender de ti. Has de poner mucho entusiasmo… Habla de los buenos tiempos, de cuando tú y yo buscábamos ranas para echárselas por el cuello a las niñas bonitas.

Hizo una mueca, pero finalmente aceptó. Guardé la pistola en el bolsillo y me puse a su lado, ligeramente detrás.

—Anda, chico, y demuestra tus posibilidades de actor.

Echamos a andar hacia la puerta, y llegados a ella, él apretó el

timbre.

La casa estaba al fondo, edificada sobre un pequeño promontorio al que había que llegar por un sendero un poco empinado. A ambos lados de éste crecían los pinos.

Apareció un tipo arriba y se quedó quieto al pronto mientras nos observaba. Llevóse la mano a la axila y empezó a descender por el camino.

Sonreí mientras hablaba a Kent por la comisura de la boca:

—Recuérdalo, chico. Te estás jugando el tipo. Tendré tiempo de balearte antes de que tu amigo logre sacar siquiera la pistola.

—No soy ningún héroe —dijo, y me palmeó la espalda riendo—. Caramba, Johnny, parece increíble, después de tanto tiempo encontrarnos en un poblado como Ramsey.

Lo dijo con mucha naturalidad, como si efectivamente él y yo fuésemos lobos de la misma camada. Siguió riendo cuando el otro tipo llegó por la otra parte de los barrotes.

—¿Quién es, Kent? —preguntó.

—Te presento a Marcus, Johnny Marcus —dijo Kent señalándome—. Mi mejor amigo; Johnny, éste es Mortimer, Ben Mortimer, un gran muchacho.

Incliné la cabeza.

—¿Cómo te va, Ben?

Mortimer me miró escrutadoramente.

—¿Qué hace aquí? —preguntó otra vez.

—Trabaja por cuenta de una casa —explicó Kent—, ya sabes, viajante. Siempre va de un lado a otro y, justamente, ha venido a caer aquí. Nos encontramos en el bar. Anda, abre.

Mortimer vaciló todavía unos instantes, pero, por fin, se decidió. Bajó una gran barra de hierro que aseguraba la puerta y luego metió una llave en la cerradura, le dio dos vueltas y abrió.

Presioné el brazo de Kent para que se me adelantase y yo entré tras él.

Mortimer cerró otra vez.

Los tres echamos a andar hacia la casa.

Kent, el muy astuto, se quiso retrasar, pero yo no lo dejé. Me limité a pasarle el brazo por el cuello en un gesto de camaradería, pero lo que hice fue apretarle con la yema de los dedos. Lo hice con demasiada energía, y estuvo a punto de caerse.

—Demonios, muchacho —le dije—. Aún me acuerdo de la paliza que te pegué aquel día, ya sabes, cuando te salté tres dientes.

Mortimer abrió otra puerta. La casa no había sido construida para ser una prisión. Debía haber pertenecido a alguien que la edificó para alejarse del ruido de la ciudad.

Había un gran vestíbulo y una escalera al fondo que conducía al piso superior. A la derecha del gran *hall*, vi dos puertas, una de las cuales estaba abierta. A la izquierda había un corredor que debía conducir a la cocina y a las dependencias de la servidumbre.

Mortimer caminó hacia la puerta abierta y Kent y yo fuimos detrás.

La habitación estaba llena de humo. Tres tipos jugaban a las cartas en mangas de camisa. Era una partida de póquer.

Interrumpieron la mano para observarme.

Kent dijo otra vez que yo era Johnny Marcus, un tipo muy alegre con quien él había crecido. Citó sus nombres: Joe Holly y Elmer. Los tres chicos dijeron que celebraban conocerme. Vi sus caras de asesinos, de tipos que no vacilarían en machacar una cabeza. No descubrí un arma por ninguna parte, pero observé sus chaquetas en el perchero, y pesaban demasiado. Al lado de éste había un armario defendido por un cristal. En su interior conté tres rifles.

—¿Vais a jugar? —dijo Elmer, un tipo con un montón de granos en la cara.

Kent fue a negar con la cabeza, pero yo dije:

—Claro que sí. Hace tiempo que no lo pruebo.

Hice una señal a Kent para que se adelantase.

Mortimer estaba sirviéndose una ración de *whisky* junto a una ventana.

Kent se alejó de mí hacia la mesa de los jugadores y yo, entonces, saqué mi pistola.

—¡Todo el mundo quieto! —Advertí.

Me miraron con ojos pellejos.

Mortimer lanzó una maldición, dejó caer el vaso al suelo y empezó a sacar la pistola.

Le envíe un pildorazo al hombro y giró como una peonza golpeando contra la pared y cayendo al suelo.

Los otros cuatro perdieron el color.

Les sonreí.

—No soporto bromas, chicos.

Llegaron a la conclusión de que yo hablaba en serio. Mortimer se había desmayado.

—¿Dónde está Halliday? —pregunté.

Nadie contestó.

—Acabo de hacer una pregunta —me dirigí a Kent—. ¿Te han pegado alguna vez un balazo en la rótula?

—Está en el piso de arriba —se apresuró a decir.

—Está bien. Tú vendrás conmigo, pero primero vas a atar a tus compañeros.

—No tenemos cuerdas.

Había un camastro al fondo y lo señalé.

—Emplea las sábanas. Pero te vas a dar prisa.

Kent se puso en movimiento. Hizo tiras con las sábanas y empezó a maniatar a sus compañeros.

—Luego haré una revisión —advertí—. Y si encuentro que has dejado flojas las ligaduras, te la ganas, Kent.

Los tres jugadores de póquer no podían moverse, porque ordené también a Kent que les atase por los tobillos.

Mortimer se despertó y lanzó una maldición al verme.

—Me estoy desangrando —gimoteó.

—Lo podrás aguantar, muchacho. Tú eres un tipo muy fuerte. Anda, Kent. Atalo a él y véndale también ese hombro para que no llore.

Kent remató la faena y se enderezó.

—Ven aquí —le dije.

Vino hacia mí y le registré rápidamente quitándole la pistola que guardaba en un bolsillo hecho exprofeso en la chaqueta. Era mucho más práctico que la pistolera de cuero y pensé que a todos les debía vestir el mismo sastre.

—Anda, vamos arriba, Kent.

Salimos de la habitación, subimos por la escalera, y nos internamos por un corredor a cuya derecha había cuatro puertas. Nos detuvimos en la segunda y Kent hizo girar el pomo.

Pasamos dentro y vi a una enfermera que había junto a una cama. Se quedó muy seria al ver el arma que yo esgrimía. Sentado en un sillón había un hombre de unos cincuenta años de edad.

Estaba mirando abstraído por una ventana, hacia los árboles de abajo.

Halliday volvió la cabeza muy lentamente y me observó con ojos carentes de interés.

—Póngase en pie —le dije—. Va a venir conmigo.

Se quedó quieto y empecé a imaginar que tendría dificultades con él. Me distraje por un momento y Kent lo aprovechó bien. Me pegó con el dorso de la mano en la muñeca armada y un calambre me recorrió por todo el cuerpo. Si no hubiese sido por eso, me podría haber vuelto para replicarle adecuadamente. Pero el muy bestia me aplicó un puñetazo en el pómulo enviándome hacia el lado de la habitación donde estaba la enfermera. Por fortuna caí encima de ella y me sirvió de almohada.

Cuando traté de disparar, Kent había salido de la estancia cerrando de un portazo. Oí su carrera a lo largo del pasillo. Posiblemente rebajaría el récord mundial de las cien yardas.

Fui a seguir tras él, pero pensé que no llegaría a tiempo para impedirle que se hiciese con una de las pistolas de sus compañeros. El me detendría junto a la puerta haciéndome fuego y tendría tiempo para librar a los otros verdugos. La cosa iba a ser muy divertida.

—Vamos, Halliday —dije.

El antiguo *gángster* se levantó ahora como impulsado por un rayo.

La enfermera se quejaba en el suelo.

—¿Quién es usted? —preguntó Halliday.

Lo miré a los ojos y observé que no eran los de un amnésico.

—Hemos de marcharnos, Halliday, antes de que nos peguen fuego a los talones.

—Esta mañana trajeron a una chica.

Cerré los ojos sintiendo que el corazón me golpeaba dentro del pecho.

—¿Dónde está? —inquirí.

—En la habitación de al lado.

—¿Tiene algún arma, Halliday?

—No.

—Vamos, rápido, venga conmigo.

La enfermera se puso en pie poniéndose una mano en la cadera.

Era una mujer de unos cuarenta y cinco años de edad, planchada por delante y con una cara para asustar a cualquiera.

Salimos de la habitación muy aprisa. Traté de abrir la otra puerta, pero estaba cerrada con llave.

—¿Hay alguna guardia dentro? —pregunté a Halliday.

—No.

Me fui a la pared, cogí carrera y cargué con el hombro. La puerta crujió.

Repetí la suerte y esta vez saltó la cerradura.

Mary Keeler estaba tendida en el lecho, con el vestido desgarrado mostrando un hombro desnudo. Su ojo izquierdo estaba cerrado, casi negro. En el resto de la cara mostraba señales del castigo que le habían infringido.

Sentí que la ira se apoderaba de mí y se adueñaba de mi cerebro.

—Mary —la llamé.

Empezó a incorporarse y luego hizo una mueca de dolor.

Me volví hacia Halliday.

—¿Está fuerte, Gooffrey?

—Sí, tengo grandes reservas de energías. Durante cinco años no he hecho más que comer y respirar.

—Ande, cójala y vámonos.

Pero ya era demasiado tarde. Los tipos corrían por la escalera hacia arriba.

Cerré la puerta justo cuando Halliday había cogido a Mary en brazos.

—Póngase junto a la ventana con ella —ordené—. Nos van a meter una granizada de balas.

Sólo transcurrieron tres segundos desde mi última palabra, y soltaron una ráfaga y la puerta se estremeció violentamente.

—¿Qué otra salida hay, Gooffrey?

Halliday hizo una mueca.

—Ninguna —contestó.

—¿Y la ventana?

—No hay ningún antepecho. He tenido cinco años para comprobarlo, y la calda sería mortal.

CAPÍTULO XI

Di un suspiro.

Los canallas enviaron otra ráfaga y la puerta se abrió.

Elmer entró alocadamente por el hueco y lo tumbé de dos balazos. Golpeó la cabeza contra la pata de la cama y ni siquiera se movió porque ya estaba muerto.

Sobrevino un silencio y luego, Mortimer dejó oír su voz:

—No tiene nada que hacer, Marcus, o como diablos se llame. Ríndase y le prometemos que saldrá libre de aquí.

El muy bastardo, ¿quién creía que era yo?, ¿un lactante?

—Son unos canallas —dijo Halliday—. ¡No haga un pacto con ellos!

¿Ningún pacto? ¿Por qué no? El propio Halliday me estaba dando la idea. Le guiñé un ojo para que estuviese avisado y luego llamé:

—¡Mortimer!

—Está convencido, ¿eh? Está bien, tire su pistola. Yo mismo le acompañaré hasta la puerta.

Solté una carcajada.

—No va a ser ése el arreglo. Yo propongo algo mejor para vosotros.

—No hay nada mejor.

—Es lo que tú supones, Mortimer. Escúchame y verás.

—Basta de palabrería. Sal o vamos ahí.

—Halliday os ha estado engañando como chinos, a Luke Stagge y a todos los peces gordos, y a vosotros mismos. Recuperó la memoria hace tiempo.

—¡Y un cuerno!

Miré a Halliday. Tenía la cara muy seria. Estaba vacilando.

—Escucha, Mortimer, Halliday os va a dar la prueba.

Hubo unos instantes de silencio.

Halliday dejó a Mary en un sillón. La pobre chica estaba muy cansada, pero aun así me envió una sonrisa.

Mortimer se dejó oír otra vez:

—¡Les vamos a dar tres segundos!

Halliday aclaró la garganta y dijo:

—Es cierto, Mortimer. Tengo memoria.

Sus palabras debieron producir un gran efecto entre aquellos matones.

—No lo creo, Halliday —respondió Mortimer, con voz un poco emocionada.

—Sí, Mortimer. Mi nombre es Gooffrey Halliday. Nací el 24 de noviembre de 1902, en San Antonio, Texas. El nombre de mi esposa es Ethel. Hace cinco años sufrí un accidente en la carretera que conducía a mi cabaña de los Addirondaks. Viajaba conmigo Mickey Reynolds. Hace exactamente siete meses que recordé todo cuanto se refería a mi vida anterior, pero me lo callé esperando mi momento. Continué simulando ser un tipo que no recordaba nada.

Hubo unos segundos de suspenso. Luego, Mortimer preguntó:

—¿Quiere decir que recuerda también el lugar donde guardó los cinco millones?

—Sí, Mortimer.

Hice una señal con la mano a Halliday y fui yo ahora quien habló:

—Es, justamente, de lo que quería hablaros, Mortimer.

—Tú no pintas nada, muchacho. Cierra el pico.

Reí alegremente.

—No, Mortimer. Halliday no aceptará ninguna de tus triquiñuelas. Nuestra oferta es ésta: la libertad para los tres a cambio del lugar en que dejó los cinco millones.

Hubo un cuchicheo entre ellos.

—Está bien, aceptamos. Pueden salir.

—Nada de eso, Mortimer. Encerraos en una habitación. Nosotros iremos al portón de hierro. La chica saldrá sola. Cuando esté fuera, Halliday y yo os acompañaremos al lugar donde está el botín.

Hubo otra pausa mientras los *gangsters* cambiaban impresiones. Los cinco millones les habían abierto los ojos, y por esa cantidad

serían capaces de vender al jefe y a su propia familia.

—Corriente, Marcus —contestó Mortimer—. Pasaremos a la habitación donde estaba Halliday.

—No os olvidéis de cerrar la puerta.

—Seguro que sí.

Oímos pasos y, poco después, una puerta golpeó.

Me acerqué rápidamente al sillón donde se encontraba Mary y me agaché sobre ella acariciándole la cara.

—¿Crees que podrás llegar hasta las primeras casas?

Ella sonrió y me besó la mano.

—Sí, Jim. Lo lograré.

—Adelante, entonces.

Halliday opuso:

—¿Cree usted que van a cumplir su palabra si les llevo al lugar donde están los cinco millones?

—No, ya sé que no, pero no tenemos otra salida y al menos ella puede escapar. ¿Está conforme?

Miró a Mary y sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Vaya usted con ella —dije—. Yo tendré que vigilar por si nos dan una sorpresa.

Asomé la cabeza y vi el corredor libre. La puerta tras la que se encontraban los gorilas estaba cerrada.

Hice una señal a Halliday y pasó llevando a Mary hacia la escalera. Cuando los vi desaparecer, corrí rápidamente.

Observé el gran vestíbulo desde arriba.

Halliday tuvo que coger en brazos a Mary y se la llevó hacia la salida de la casa.

Descendí rápidamente por la escalera y, en el umbral, Mary me echó los brazos al cuello.

—Oh, Jim. Deja que me quede contigo —murmuró.

—No, nena. Esto es sólo para hombres —le señalé el portón de hierro.

En eso oímos la voz de Mortimer por una ventana:

—Sólo ella puede salir. Si, uno de ustedes intenta escapar, le balearemos, y entonces ella también caerá.

Apreté a Mary contra mí.

—Anda, nena. Tienes que intentarlo tú sola. —La besé en la boca, en la nariz y en la frente, y la impulsé con la mano alejándola

de mí.

Bajó por un sendero y al llegar a la mitad de la distancia que debía cubrir, se detuvo vacilante. Me dirigió una triste mirada y yo le sonreí tratando de darle ánimos. Prosiguió su camino y, al llegar al portón, tuvo que hacer un gran esfuerzo para quitar la barra.

—Eh, muchacha —oí la voz de Mortimer—. Aquí está la llave.

Algo surcó el aire y golpeó la grava, yendo a caer a los pies de Mary.

Ella se agachó y cogió la llave. Abrió la puerta de hierro y me dirigió otra mirada antes de salir. Luego, por entre los barrotes, dejó caer la llave y se alejó, desapareciendo de mi vista.

Mortimer anunció:

—Ahora no tenéis escapatoria, chicos. Holli y yo estaremos vigilando desde la ventana, y Joe y Kent irán a por vosotros.

Halliday me miró.

—Esos canallas no van a cumplir su palabra. Si yo les digo dónde está el dinero, iremos allí y luego nos balearán.

—Lucharemos por nuestras vidas —dije—. Sólo quería apartar a Mary.

Justamente en ese instante, un grito que me heló la sangre rasgó la atmósfera. Procedía de fuera de la casa y yo sabía quién lo había emitido.

Fui a echar a correr y de pronto recordé a Mortimer que estaba en la vivienda con la metralleta. Me paré en seco haciendo un gran esfuerzo y, justamente en ese instante, soltó una ráfaga.

Las balas me pasaron de arriba abajo por la cabeza, justo delante de mi nariz.

Me tiré atrás antes de que el bastardo pudiese rectificar. Mientras caía en el suelo, oí la voz de Mary junto al portón:

—¡Me han cogido! ¡Es la enfermera, Jim!

La cólera me hizo latir las sienes. Oí las carreras de Kent y Joe que bajaban por la escalera para salir a nuestro encuentro. No; aquellos babosos eran incapaces de cumplir un trato. Querían todas las bazas. No podían arriesgarse a dejar vivo a nadie. Mary Keeler podía irse de la boca y entonces ellos peligrarían. Naturalmente, les habían bastado muy pocos minutos para saber lo que tenían que hacer. Nos necesitaban a los tres muertos, a Mary, a Halliday y a mí, para luego decir a Luke Stagge que nos habían tenido que matar

porque pretendimos huir. ¿Cómo no lo vi claro antes? Aquellos malditos me habían ganado por la mano y ahora Mary estaba allí fuera, sin energías, debatiéndose entre los brazos de aquella mujerona de cara fea.

Kent llegó corriendo con su metralleta en la mano.

Sólo necesitaban vivo a Halliday. Yo no podía entregarme. Mary y yo moriríamos en seguida. A Halliday le llegaría el turno después, pero antes le arrancarían su secreto, aunque tuviesen que achicharrarle la planta de los pies o clavarle estacas en las uñas.

Rodé hacia la parte de la pared para evitar que me baleasen desde arriba.

Apreté el gatillo de la «Smith & Wesson». La bala perforó el riñón de Kent y se volvió hacia mí haciendo una extraña mueca. Por un instante estuve batido por el cañón de su metralleta. Afortunadamente, le debía de doler mucho y fue remiso en apretar el gatillo.

Le clavé otra bala en el estómago y, entonces, dio un salto con la cabeza hacia delante y se derrumbó dando vueltas por el camino hacia abajo.

Soltó el arma en el camino y yo vi lo hermosa que era y lo que podía hacer con ella en mis manos.

La enfermera y Mary aparecieron luchando por el portón. Joe no se veía por ninguna parte.

Corrí hacia la metralleta entre salpicaduras de bala. La atrapé con la punta de los dedos y golpeé las espaldas en el suelo tratando de librarme de los disparos del bastardo de Mortimer.

Me arañé muchas veces el cuerpo pero, por fin, llegué al otro lado de la escalera, junto a la pared, sin que la metralleta de arriba hubiese podido localizarme.

De pronto, Mortimer soltó una carcajada.

—¡Se acabó, muchacho! ¡Si no te rindes ahora mismo, me cargo a tu chica!

Vi a Mary luchando con la enfermera, pero ya dentro del jardín. Miré hacia la ventana y vi asomar unas pulgadas el cañón de la metralleta que empuñaba Mortimer. Si al menos se hubiese echado hacia delante un poco, le podría haber baleado.

Habló de nuevo:

—¿Me oyes, muchacho? Sal fuera ahora mismo. Deja las armas y sal de la pared. Quiero verte ahí en el sendero, en el centro, mirando hacia mí. Contaré tres segundos y, si no me obedeces, te juro que la mato a ella.

Cabía una posibilidad de que Mary viviese si ellos demoraban un poco su ejecución, aunque la mía la llevasen a cabo inmediatamente. Tenían que haber oído el tiroteo, aunque sólo fuese en alguna parte, y muy pronto llegaría allí la policía. Tenía que ocurrir eso para que Mary se pudiese salvar. Sabía que si dependía de aquellos bastardos, nos enterrarían a ella y a mí. Sólo se trataba de eso, de una demora.

Ya debían haber pasado los tres segundos.

—Está bien, Mortimer, acepto.

—Sin armas —me recordó.

Miré la metralleta y la dejé caer en el suelo.

Halliday estaba a la otra parte y me hizo un movimiento con la cabeza.

—¡No haga eso! —gritó.

Pero él no debía pensar en la misma forma que yo.

Avancé hacia el camino. Mary fue a gritar y, en eso, la enfermera le golpeó en el mentón, desmayándola.

Hice rechinar los dientes y sentí deseos de ir hacia la fulana para retorcerle el pescuezo.

Mortimer me miró desde arriba sonriendo.

—Tienes suerte, muchacho. Tú debes ser ese Jim Hayes de quien tanto han hablado. No podemos entretenernos más porque se puede presentar aquí la policía. Te daré lo tuyo en cuanto lleguemos al lagar donde Halliday escondió el dinero. Apuesto a que allí podremos divertirnos mucho. Anda, Joe, sal.

Joe salió por la puerta y nos amenazó con su arma.

Luego, Mortimer y Holly bajaron por la escalera muy aprisa.

Holly salió por la puerta y desapareció por el ala derecha.

Oímos el ruido de un motor y, poco después, apareció un gran sedán que tenía capacidad para ocho personas.

Delante nos sentamos Holly, Mortimer y yo, y detrás, la enfermera, Mary, que todavía no había recuperado el conocimiento, Halliday y Joe.

—Adelante, Holly —dijo Mortimer.

El *gángster* puso el motor del coche en marcha y nos acercamos a la puerta.

Joe saltó fuera y abrió.

Poco después, nos alejamos a toda velocidad de aquel lugar.

Capítulo XII

Tiramos por una carretera que conducía al sur. Mortimer dejó oír su risa y miró al espejo retrovisor donde se reflejaba Halliday.

—Conque nos engañaste, ¿eh, chico? Anda, suelta ya la mosca. ¿Dónde escondiste el dinero?

—En Tarrytown.

—Me gustaría que no me engañases.

—No te engaño.

—Eso está bien. ¿Lo has oído, Holly? Vamos a Tarrytown.

—Sí, jefe.

Avanzamos a mucha velocidad hasta que llegamos al núcleo urbano. Los pájaros no podían correr ningún riesgo de ser detenidos por la policía de tráfico.

Como cosa de media hora más tarde, corríamos por la carretera Cincuenta y Nueve en dirección al Hudson.

Me tenían bloqueado. Yo le daba vueltas a la cabeza pensando en qué forma salir de aquello, pero no lograba dar con nada. Mortimer me apretaba una pistola de cañón corto en el riñón. De haber estado solo, podía haber intentado cogerlos de sorpresa tomando la muñeca del verdugo o arrojándome sobre el volante que manejaba Holly; pero detrás de mí estaba Mary, y ya podía imaginar lo que sería de ella. Sabían que era mi punto débil.

Cruzamos el Tappan Zee Bridge, sobre el río, y llegamos a Tarrytown. Oímos el ruido de aviones que aterrizaban y Mortimer rió.

—No me irás a decir que los dejaste en el interior de uno de esos aparatos, ¿eh, Halliday?

—No.

—Bien, ahora has de decir a qué parte de Tarrytown hemos de

ir.

Holly había disminuido la velocidad en espera del informe.

—Es en el parque Kingsland Point —explicó Gooffrey.

—¿En el mismo parque? —se asombró Holly.

—Sí —asintió Halliday—. Lo escondí de noche.

—¡Infiernos! —exclamó Mortimer—. ¿Crees que han estado esperándote allí los cinco millones durante estos años? ¿No sabes que en ese parque remueven la tierra?

—No en el lugar donde yo lo dejé.

—¿Qué lugar es ése?

Halliday vaciló unos instantes.

—Vamos, Gooffrey —gritó Mortimer—. No acabes con mi paciencia.

—Es un terreno abrupto que hay al oeste. Allí sólo hay rocas y árboles. Removí una de las piedras, hice un agujero y lo dejé todo muy bien. Nadie puede haberlo descubierto.

—Es lo que tú crees —dijo Mortimer—. ¡Maldita sea!… Si no está allí, te juro que te voy a hacer pedazos.

Yo sabía que, aunque encontrasen el botín, lo harían pedazos. Halliday también tenía su condena sobre los hombros.

Holly se dio otra vez mucha prisa.

Había oscurecido.

—El parque está cerrado —anunció la enfermera.

—¿Y a nosotros qué? —retrucó Mortimer—. Entraremos igualmente. Conozco el parque. Dejaremos el coche junto a la verja del norte, donde está el cementerio. Muchas veces he jugado en este lugar. Yo tenía una hermana en Archville. Me llevaban a visitarlo cuando era pequeño. Yo me escapaba para ir al parque a zumbarme con los muchachos —rió el bastardo—. Fue allí donde aprendí a romper narices.

En ese momento juré que yo le rompería las suyas.

Llegamos a la parte del parque lindante con el cementerio. Ya estaba completamente oscuro. El coche se deslizó con los faros apagados y detúvose ante una puerta que parecía estar cerrada.

A la derecha, sobre una colina, vimos las sombras de algunas cruces sobre la mancha del cielo. Era el cementerio adyacente.

Holly soltó una risita.

—No necesitarán hacer ningún viaje. ¿Qué te parece, Mortimer?

Les cavamos una fosa y se acabó.

—Cómete la lengua —dijo Mortimer.

Traté de retrasarme para ir con Mary, que ya había vuelto en sí, pero Mortimer no me dejó.

—Tú conmigo —dijo—. Adelante.

Llegamos a la puerta. Sólo estaba entreabierta. Holly entró y anduvo mirando a un lado y otro. Nada llamó su atención e hizo una señal.

Todos echamos a andar siguiendo a Halliday. Había una casa a la izquierda que debía pertenecer al guardián del parque. Una ventana estaba iluminada, pero no se veía a nadie. Aquellos malditos lo tenían todo a favor.

Llegamos al lugar donde el terreno era llano, pero luego de dar unas cuantas vueltas, siguiendo uno de los paseos, llegamos al lugar a que se refería Halliday. Vimos las colinas en la oscuridad que estaban delimitadas por una verja de madera.

Mortimer seguía detrás de mí y de vez en cuando yo volvía la cabeza para mirarlo, y él, entonces, sonreía mostrando sus dientes muy brillantes.

Quizá deseaba que yo hiciese cualquier falso movimiento para clavarme de una vez un plomo en la espina dorsal. Pero no, todavía no había llegado el momento. Tenía que cobrar ventaja de alguna forma.

Pasamos la verja todos y Mary estuvo a punto de caer pero, en última instancia, la enfermera hizo algo por ella y lo evitó.

Joe pegó un patadón en la espinilla de Gooffrey.

—¿Dónde está eso?

Halliday señaló con la mano.

—Allá, en aquella piedra que sobresale.

—¡Maldito seas! —exclamó Mortimer—. ¡A la vista de todo el mundo! ¡Vamos, chicos, arriba!

Subimos y Mortimer dio un resoplido.

—Anda tú, Joe, levántala.

Era una gran piedra que debía pesar media tonelada. Junto a ella había otras de igual tamaño.

Joe guardó la pistola y se fue arriba. Agachóse y metió la mano por los intersticios. La piedra ni siquiera se movió.

Mortimer lanzó otra imprecación.

—¿Qué te pasa, Joe? ¿Es que no has comido?

Joe soltó un salivazo e hizo un segundo intento. Esta vez movió algo la piedra, pero hacía falta mucha más fuerza de la que él tenía. Se irguió, respirando, entre jadeos.

—Que venga Halliday aquí —dijo.

Mortimer sacudió la cabeza.

—Anda, Gooffrey, sube arriba a ayudarlo.

El antiguo *gángster* hizo un gesto afirmativo y se unió a Joe. Ambos se agacharon sobre la gran roca y empezaron a tirar hacia arriba. La piedra se alzó unas pulgadas y luego continuó levantándose.

—Hacia la derecha —dijo Halliday.

Hicieron girar la roca y luego la dejaron descansar.

—No veo nada —anunció Joe—. ¡Halliday nos ha engañado!

—¡No! —gritó Halliday—. Está ahí, a poco más de diez pulgadas del suelo.

—Está bien, Joe —dijo Mortimer—. ¡Escarba!

—No tengo un pico.

—¡Maldita sea!… ¡Con las manos!… ¿Es que no sabes que hay ahí cinco millones?

Joe se puso a clavar las uñas en la tierra.

Mortimer seguía vigilándome como si quisiese leer mi pensamiento.

Mary, agotada, se dejó caer sobre las piedras. La enfermera le pegó un puntapié para que se levantase y eso me hizo hervir la sangre.

—¡Déjala quieta! —le dije.

Holly soltó una risita, diciendo:

—No te preocupes tanto por ella, Hayes. Muy pronto descansará, y tú estarás a su lado.

Joe estaba agachado y Gooffrey se encontraba detrás de él en una magnífica posición. Le bastaría poner un pie en las posaderas de Joe para lanzarlo hacia adelante. Sería estupendo, porque el proyectil humano caería sobre nosotros.

Miré a Halliday para transmitir mi idea, pero él no me estaba mirando. Había enterrado aquel tesoro cinco años atrás y ahora, al cabo de tanto tiempo, estaba allí y las cosas no habían salido como él quería. Maldije el cochino dinero.

Joe lanzó una exclamación.

—¡Toco algo! —dijo—. ¡Un trozo de cuero!

—Vamos, date prisa —dijo Mortimer.

Joe escarbó furiosamente, como un perro hambriento que hubiese olfateado un hueso.

Me dije a mí mismo que el momento llegaría cuando exhibiese el botín. No podrían resistir la emoción y todos, incluido el propio Mortimer, prestarían atención al tesoro.

Joe tiró del trozo de cuero con fuerza. Una gran bolsa emergió del hoyo. Pesaba mucho y Joe cayó en el suelo sobre sus posaderas soltando una carcajada.

—Halliday tenía razón —dijo—. Aquí está la bolsa.

Joe la abrió y metió la mano sacando un montón de billetes.

—Sí, Mortimer… Aquí están. ¡Y son cinco millones!

Y de pronto sobrevino la tragedia. Halliday se echó encima de él gritando:

—¡Es mío! ¡Sólo mío!… ¡Y nadie me lo quitará!… ¡Nadie!

Mortimer ordenó:

—¡Quieto, Halliday!

Joe soltó palabras ininteligibles y siguió aferrando la bolsa en lugar de acudir con sus manos a su garganta para evitar que lo ahogasen.

Halliday estaba como loco, apretando mientras sus dientes rechinaban.

Mortimer hizo fuego sobre Gooffrey e, inmediatamente salté sobre él.

Hizo girar la pistola pero le atrapé la muñeca, me agaché y la bala se hundió entre mis pies.

Holly vino hacia nosotros para acabar conmigo, pero trabé mi cuerpo con el de Mortimer y ambos rodamos por la ladera abajo, golpeando contra las piedras, alejándonos del grupo.

Holly no podía disparar por no herir a Mortimer.

Cuando nos detuvimos por fin, pegué con el antebrazo en la boca de Mortimer. Sentí cómo crujían sus dientes. Lanzó un aullido de fiera herida e hizo todavía un esfuerzo por meterme una bala en el cuerpo, porque aún conservaba la pistola en *la* mano. Le retorcí la muñeca y tuvo que soltar el arma.

La cogí en el momento en que Holly venía hacia mí.

Disparé desde el suelo dos veces y Holly me envió su medicina, pero ya estaba herido de muerte y sus balas no me hicieron ningún daño. Luego lanzó un suspiro y doblóse, golpeando la cabeza en una piedra.

Me lancé hacia arriba y vi a Mary en el suelo y a Halliday que emitía un ronquido como si estuviese moribundo.

Joe y la enfermera corrían por el sendero hacia el coche, llevándose el botín.

—¡Alto! —dije.

No me hicieron ningún caso.

Apunté a las piernas de Joe y disparé.

El *gángster* se detuvo un instante mirando la bolsa. Yo esperé. Luego, la fulana dejó de vacilar y echó a correr sin llevarse un solo dólar.

La dejé marcharse y me volví.

Oí una voz en dirección de la casa.

—¿Qué pasa ahí?

No quise contestar. Llegué hasta Mary y la cogí por la cintura. Ella me miró.

—Oh, Jim. ¿Qué ha pasado?

—Todo está a punto de arreglarse, nena.

—¿Todo?

Me llevó sus manos a la cara y me acarició. Ella, que había recibido una paliza, me acariciaba a mí.

La ayudé a levantarse.

Halliday se removía el estómago con la diestra.

—Me han matado —dijo—. Tengo el plomo en las tripas… Me está ardiendo, Hayes.

Fui hacia él y le miré la herida. Le habían hecho un agujero por donde podía caber un puño. Estaba en las últimas.

—Halliday —le dije—, ha llegado a la última curva de su camino.

—¿Y mi dinero? ¿Dónde está?

—No se lo han llevado, Halliday. Está allá abajo. Alguien se ocupará de él. A usted ya no le puede servir de nada.

Sacudió la cabeza. Su cara estaba bañada en sudor.

—Oiga, Halliday —proseguí—, puede hacer algo antes de marcharse.

—Déjeme.

—Luke Stagge se reúne con todos los grandes hombres de la organización. Éste es el momento para cazarlos. Si no ocurre ahora, no podrá ser nunca. ¿Lo entiende? No le pido este favor porque Luke Stagge se la pegase a usted, sino por el mucho bien que puede hacer a las familias, al país al que usted hizo tanto daño. Ahora puede quedar a la par, Halliday. La ley puede volver a ser la ley. Con ello no va a desaparecer el vicio, pero eliminará a un monstruo que se alimenta de la sangre y de la muerte de los demás. Será su gran obra, Halliday.

—¿Qué quiere que le cuente?

—Hábleme de Luke Stagge y sus negocios, de su organización, de cómo lo tienen montado.

Habló, lo contó con sobriedad, con muy pocas palabras. Trata de blancas, drogas, garitos, hipódromos, corrupción, soborno, cohecho. Dio también muchos nombres de gentes que estaban muy alto, de personas que ostentaban cargos públicos. Era una gran legión de bastardos y todos ellos iban a caer ahora de su pedestal, iban a ser atrapados en sus casas de las grandes avenidas, en burdeles, en fincas de recreo y en todas las ciudades del país.

Mary estaba escuchando y cuando Halliday hubo terminado, dijo:

—Sé dónde se reunirán esta noche, Jim. Lo supe durante el viaje. Ellos creían que yo estaba desvanecida.

Le cogí una mano.

—Eres maravillosa, nena.

Se apretó contra mí y yo la besé en el cabello y luego en la boca.

Halliday gimoteó desde arriba:

—Me estoy muriendo, Hayes… Esto se acaba.

Yo no quería que se acabase todavía. Lo había confesado todo, pero aunque sólo fuese para ratificar su historia, lo necesitaba vivo hasta que llegase la policía. Y justamente en ese instante sonaron las sirenas.

Había ocurrido lo lógico. Uno de los guardianes, al oír los disparos había hecho la llamada al Departamento.

Los agentes llegaron corriendo y al frente marchaba mi amigo Clifton Bentley.

Se detuvo ante mí y se me quedó mirando con la respiración

jadeante.

—Al fin te saliste con la tuya —dijo—. Has llegado a tener un cementerio para ti.

—Pero no he llegado a la fosa —le sonreí—. Hay muchas que están abiertas y que están esperando ser rellenadas y mi cuerpo no va a ser uno de los que queden enterrados, Bentley —señalé a Halliday—. Ahí tienes al socio de Luke Stagge.

—¿Halliday? —repitió asombrado.

—Sí, no murió.

Y a continuación le conté la historia.

Un agente llegó con la bolsa de cuero y se quedó en pie.

Halliday se moría de verdad.

Yo ya había terminado mi relato de todo lo que había dicho Halliday acerca de los negocios de Luke Stagge y sus compinches.

Y luego aporté el dato de la conferencia de alto nivel que se iba a celebrar aquella noche.

Los ojos de Bentley brillaban extrañamente porque él era un policía honrado y sabía que iba a prestar un gran servicio a su país.

Rió casi histéricamente.

—¡Están atrapados! —exclamó—. Y esta vez no habrá abogado que los salve. Vamos, muchachos.

Y en aquel momento empezó la redada y el gran pulpo fue sorprendido en su madriguera, donde se removía inquieto preparándose para engullir más víctimas, para llevar a cabo una ola de terror que hiciese comprender a todos que él seguía siendo grande y poderoso. Pero no tuvo oportunidad de demostrarlo porque antes los policías cayeron sobre él y Luke Stagge y Richard Kilb y los hombres de Denver, de Nueva Orleáns, de Springfield y de muchas otras ciudades fueron capturados aquella noche.

EPÍLOGO

Estaba en mi apartamento. Acababa de llegar con el periódico bajo el brazo. Me preparé un *whisky* y me senté. Leí otra vez los titulares. Decían así:

El país ha sido librado de sus opresores.

El periódico era el *Star* y el artículo iba amparado por dos firmas, Bill Hauser y Jim Hayes. Yo no había pedido que fuese así. Quise cumplir mi palabra, que Bill se lo llevase todo, pero él no lo consintió. Era un gran hombre. El y yo teníamos abiertas de nuevo las puertas de la prensa, justamente las grandes, las de la entrada principal.

En eso oí unos pasos.

No; no entró ningún gorila. Era Mary. Después de un día de descanso y de los cuidados del médico, su cara había quedado casi bien. Había acentuado el rimmel de sus ojos para paliar la marca del golpe que había recibido y cubría su cuerpo con un vestido rojo sangre como el color de sus labios. ¿Les dije que era la imagen de la tentación?

Vino hacia mí y yo observé el suave balanceo de sus caderas.

Se puso de rodillas y descansó sus manos sobre mis rodillas. Yo dejé el periódico a un lado y me quedé mirando su cara. No nos dijimos nada. ¿Para qué? Hay momentos en que el silencio lo dice todo.

Ella salió a mi encuentro y yo al suyo. Así de sencillo fue todo. Y nuestras bocas se juntaron.

Y en eso se puso a repiquetear el timbre del teléfono.

Me aparté de ella y alargué la mano cogiendo el auricular.

—¿Sí?… Jim Hayes.

—Hola.

Reconocí su voz. Era Ethel.

—No han podido salvarlo —dijo—. Murió hace unas horas.

El que había muerto era Halliday. Había hecho mucho mal, pero, en fin de cuentas, había lavado su culpa con su confesión. Lo había querido contar de nuevo por sí mismo, en el hospital, en la cama y, con sus palabras, había sentenciado a todos los canallas, a todos los bastardos que integraban el sindicato criminal, presidido por Luke Stagge.

—Gracias por su ayuda, Ethel —dije.

—No hay de qué darlas.

—¿Por qué lo hizo?

—Mi vida era hueca, vacía y, cuando te conocí, pensé que valdría la pena ayudarte.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me marcho.

—¿Adónde?

—Al lugar de donde salí, a un pueblo de Wyoming.

Hubo un silencio.

—Buena suerte, Ethel.

Pero ya ella había colgado.

Miré otra vez a Mary.

—Tenía miedo —dijo mi chica.

—¿De qué?

—De que ella se quedase.

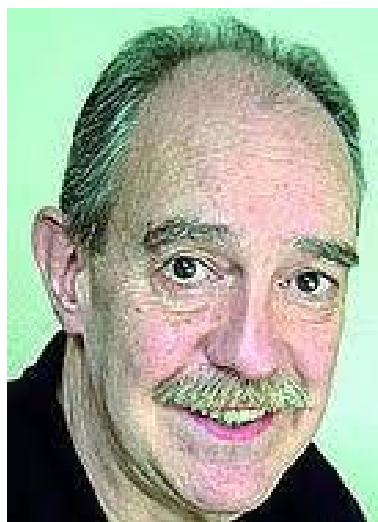
Le acaricié la cara y el cabello y dije:

—No puede haber otra más que tú.

E inclinándome sobre ella, la besé en sus labios entreabiertos.

Y esta vez no hubo interrupción…

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).